

UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR
FACULTAD DE TEOLOGÍA
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

DISCIPULADO: EXPERIENCIA DE ENCUENTRO, FE Y ENTREGA CON JESÚS

TESIS DE GRADO

INGRID HORTENCIA VARGAS QUINILLA

CARNET 22687-12

GUATEMALA DE LA ASUNCIÓN, DICIEMBRE DE 2015
CAMPUS CENTRAL

UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR
FACULTAD DE TEOLOGÍA
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

DISCIPULADO: EXPERIENCIA DE ENCUENTRO, FE Y ENTREGA CON JESÚS

TESIS DE GRADO

TRABAJO PRESENTADO AL CONSEJO DE LA FACULTAD DE
TEOLOGÍA

POR
INGRID HORTENCIA VARGAS QUINILLA

PREVIO A CONFERIRSELE

EL TÍTULO DE TEÓLOGA EN EL GRADO ACADÉMICO DE LICENCIADA

GUATEMALA DE LA ASUNCIÓN, DICIEMBRE DE 2015
CAMPUS CENTRAL

AUTORIDADES DE LA UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR

RECTOR: P. EDUARDO VALDES BARRIA, S. J.
VICERRECTORA ACADÉMICA: DRA. MARTA LUCRECIA MÉNDEZ GONZÁLEZ DE PENEDO
VICERRECTOR DE INVESTIGACIÓN Y PROYECCIÓN: ING. JOSÉ JUVENTINO GÁLVEZ RUANO
VICERRECTOR DE INTEGRACIÓN UNIVERSITARIA: P. JULIO ENRIQUE MOREIRA CHAVARRÍA, S. J.
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO: LIC. ARIEL RIVERA IRÍAS
SECRETARIA GENERAL: LIC. FABIOLA DE LA LUZ PADILLA BELTRANENA DE LORENZANA

AUTORIDADES DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

DECANO: MGTR. RODOLFO ALBERTO MARIN ANGULO
SECRETARIO: LIC. GUILLERMO ENRIQUE TELLEZ IBARRA

NOMBRE DEL ASESOR DE TRABAJO DE GRADUACIÓN

LIC. OSWALDO SAUL ANLEU SANDOVAL

TERNA QUE PRACTICÓ LA EVALUACIÓN

LIC. DANIEL SCOTH MARQUEZ PAZ

Guatemala 30 de Octubre 2015.

Señores Miembros del Consejo.
Facultad de Teología.
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR.

Señores Miembros del Consejo:

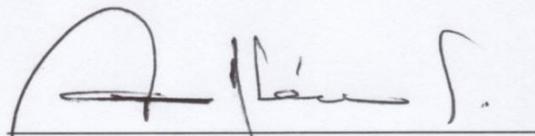
Me permito informales por este medio que he acompañado en su proceso de elaboración de Tesis, a la estudiante: **INGRID HORTENCIA VARGAS QUINILLA;** **CARNÉ 2268712** cuyo título es:

DISCIPULADO: EXPERIENCIA DE ENCUENTRO, FE Y ENTREGA CON JESÚS.

En la investigación realizada, **INGRID** presenta un acercamiento teológico pastoral sobre el tema del discipulado según el evangelio de San Juan. Según la investigación, desde la perspectiva de San Juan, Encuentro, Fe y Entrega, son aspectos esenciales para plantear el tema del discipulado. Partiendo de esta premisa, Ingrid va explicando que el discipulado debe siempre entenderse como un itinerario, en el cual se deben ir dando estos diversos momentos experienciales: Encuentro – Fe – y su punto culminante: La donación total. Desde esta perspectiva la investigación se convierte en una exhortación pastoral, que invita a los discipulos de Jesús en la actualidad, a renovar el encuentro con Cristo, a fortalecer la fe, y a una decidida practica de la caridad.

Por mi parte estoy satisfecho con el trabajo realizado por **INGRID HORTENCIA**, y no tengo inconveniente para aprobarlo y darlo por finalizado, de tal modo que el Consejo de la Facultad proceda de acuerdo a las políticas de la Universidad Rafael Landívar.

Atentamente.



Lic. Oswaldo Saúl Anléu Sandoval.
Asesor de Tesis.



Universidad
Rafael Landívar
Tradicón Jesuita en Guatemala

FACULTAD DE TEOLOGÍA
No. 1456-2015

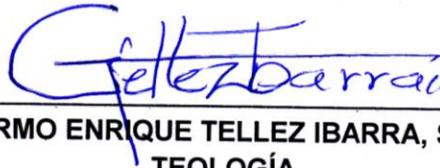
Orden de Impresión

De acuerdo a la aprobación de la Evaluación del Trabajo de Graduación en la variante Tesis de Grado de la estudiante INGRID HORTENCIA VARGAS QUINILLA, Carnet 22687-12 en la carrera LICENCIATURA EN TEOLOGÍA, del Campus Central, que consta en el Acta No. 1416-2015 de fecha 30 de noviembre de 2015, se autoriza la impresión digital del trabajo titulado:

DISCIPULADO: EXPERIENCIA DE ENCUENTRO, FE Y ENTREGA CON JESÚS

Previo a conferírsele el título de TEÓLOGA en el grado académico de LICENCIADA.

Dado en la ciudad de Guatemala de la Asunción, a los 7 días del mes de diciembre del año 2015.



LIC. GUILLERMO ENRIQUE TELLEZ IBARRA, SECRETARIO
TEOLOGÍA

Universidad Rafael Landívar



AGRADECIMIENTOS

A Dios: Por concederme el don de la vida y vocación y su presencia cercana en cada momento de mi vida.

A mis hermanas de Congregación: Especialmente a la Provincia de América Latina, por darme la oportunidad de una formación integral con vistas a un mejor servicio a la misión.

A mis padres: Por su amor incondicional, su apoyo y su ejemplo de vida.

A mi familia: Por su cariño y confianza.

A mi asesor: Lic. Saúl Anleu, por su dedicación y apoyo constante en el proceso de la presente investigación.

A mis catedráticos: Por sus enseñanzas durante los años de formación.

INDICE

I. INTRODUCCION.....	1
II. MARCO TEORICO	5
Capítulo I	5
Aspectos Preliminares.....	5
1.1. Género literario “Evangelio”	5
1.2. Evangelio de San Juan.....	6
1.3. Autor del Evangelio	7
1.4. Fecha y estructura literaria	8
1.5. Comunidad Destinataria y sentido teológico	11
1.6. Trasfondo de la palabra discípulo	12
Capitulo II.....	13
La experiencia del encuentro con Jesús, esencial para el discipulado.....	13
2.1. El encuentro como dato antropológico.....	14
2.2. El encuentro como experiencia teológica.....	15
2.3. Encuentro experiencia trasformadora.....	15
2.4. Encuentro como experiencia de Búsqueda.....	17
2.5. Encuentro como experiencia de libertad	19
2.6. Encuentro y Alegría	20
2.7. Del encuentro al testimonio.....	22
Capitulo III.....	23
Discipulado: Fe que vincula y Trasciende	23
3.1. Fe, el corazón del discipulado	24
3.2. Fe en la Palabra hecha carne	27
3.3. La Fe ante la increencia.....	29
3.4. Fe itinerario de Escucha e interiorización	31
Capitulo IV	33
Discipulado, testimonio y entrega	33
4.1. Entrega expresión de amor.....	35
4.2. Entrega desde la fidelidad a la Palabra.....	36
4.3. Entrega fruto del reconocimiento de Jesús.....	38

4.4. Entrega: don del Espíritu.....	40
4.5. Entrega como servicio de vida	42
4.6. Entrega hasta el fin.....	44
4.7. Prototipo de entrega: El discípulo amado	45
Capítulo V.....	47
Desafíos pastorales	47
5.1. Necesidad de renovar y realizar el Encuentro personal con Jesucristo.....	47
5.2. Aprender a escuchar su voz.....	48
5.3. Revolución de amor	50
5.4. Creer en el enviado del Padre.....	51
5.5. Testimonio de fidelidad.....	52
5.6. Vivir la vida como donación y entrega	53
III. CONCLUSIONES	55
IV. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	57

RESUMEN

El tema del discipulado ha sido una constante reflexión dentro de la vida cristiana cuyo fin, siempre ha estado orientado por la búsqueda de una mayor identidad con respecto al maestro. En la presente investigación se presenta un acercamiento teológico pastoral sobre el tema de discipulado como experiencia de encuentro, fe y entrega a la luz del evangelio de san Juan.

A la luz del evangelio de san Juan se profundiza sobre la experiencia de los discípulos con el fin de justificar que encuentro, fe y entrega son aspectos fundamentales y esenciales para una justa comprensión del discipulado en la realidad de hoy.

Se reflexiona sobre la experiencia del encuentro con Jesús a través de diversas particularidades que permiten vislumbrar esta experiencia como fruto del amor de Dios que desde siempre ha buscado comunicarse y encontrarse con la persona. A través del encuentro Jesús se manifiesta a sus discípulos y les da a conocer su mensaje.

Sin embargo, el encuentro es solo la llave de acceso a una experiencia de fe cada vez mayor que permite al discípulo ser testigo de la presencia encarnada de Dios en la persona de Jesús. Para el discípulo creer en Jesús supone una implicación existencial que debe manifestarse en el testimonio de vida.

Se reafirma que el seguimiento a Jesús se concretiza en el testimonio de entrega que permite al discípulo ser partícipe de la misión de Jesús en el mundo de hoy.

Por tanto se considera que estos tres elementos son fundamentales para vivir y profundizar el itinerario del discipulado en la actualidad.

DISCIPULADO: EXPERIENCIA DE ENCUENTRO, FE Y ENTREGA CON JESUS

“UNA REFLEXIÓN A LUZ DEL EVANGELIO DE SAN JUAN”

I. INTRODUCCION

Dentro de la historia cristiana católica, el Concilio Vaticano II ha significado un regalo del Espíritu, marcando de manera histórica la vida y misión de la Iglesia. A partir de dicho acontecimiento, la Iglesia se ha abierto a los signos de los tiempos, descubriendo nuevas luces y nuevos desafíos ante la misión confiada.

A través de esta gracia del Espíritu Santo, la percepción de la Iglesia de sí misma cambia, concibiéndose como “Pueblo de Dios” (Lumen Gentium), de esta manera involucra la vida de todos sus fieles a la misión confiada: ser signo visible de la presencia de Dios en la historia, a través del testimonio evangélico. Para el cristiano de hoy, ser partícipe de esta misión significa vivir en coherencia con el misterio de Cristo identificándose con su causa.

Una de las motivaciones esenciales del Vaticano II, ha sido la llamada a “volver a las fuentes” (Floristan & Tamayo, 1985, pág. 275). Desde esta invitación se reconoce la importancia y vitalidad del Evangelio: “los textos sagrados nos ponen en relación directa con la persona de Jesús el Cristo, y han de convertirse en eje vacilar de nuestra manera de encontrarnos con él, Palabra viva, portadora de Buena Nueva siempre inspiradora, iluminadora y dinamizadora” (Martínez, 2013, pág. 471).

Con referencia a lo anterior, se considera que el contacto con el evangelio es clave, para que el cristiano de hoy pueda reconocer su verdadera identidad: “serán verdaderos discípulos míos si perseveran en mi palabra” (cf. Jn. 8,31); por tanto, el tema del discipulado atañe esencialmente a la vida cristiana.

A través de Tepedino (1990) se afirma que el evangelio de Juan se refiere al discipulado como una categoría fundamental en la vida de la comunidad: “Discípulo es aquel que sigue al maestro,

crea en Jesús y debe servir en el servicio gratuito dando testimonio de Jesús que nos amó hasta el último instante de su vida (cf. Jn. 16, 1)” (pág. 171).

Como consecuencia de ello se puede afirmar, que todo cristiano es un discípulo, no existe otra manera de ser cristiano. En el evangelio esta es la figura más importante que expresa la relación de las personas con Jesús y de Jesús con las personas que le siguen. Desde esta perspectiva se propone a la luz del Evangelio de Juan el tema del discipulado como una experiencia de encuentro, fe y entrega. Estos tres elementos se consideran esenciales en la profundización del discipulado a partir del mismo Cristo. Son realidades que emergen una relación entre sí y contribuyen a fortalecer la vida y entrega del discípulo.

Sin embargo, basta dar una mirada general y reconocer la fragilidad del compromiso cristiano que se vive actualmente; muchos se llaman cristianos, seguidores o discípulos de Jesús sin asumir un compromiso personal y comunitario. Ante esta situación se puede afirmar que al cristiano de hoy, le falta tomar conciencia de las implicaciones de la fe que profesa.

A partir de ello se justifica el tema del discipulado como una necesidad de respuesta a la fragilidad de seguimiento a Jesús, el cual debe reflexionarse a la luz del Evangelio. El Concilio Vaticano II afirmaba sabiamente que “el divorcio entre la fe y la vida diaria de muchos debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época” (Gaudium et spes, No. 43).

Ser discípulos de Jesús implica integrar fe y vida y transparentar a Aquel que seguimos, no por ideologías sino porque lo “hemos encontrado”, “hemos creído en él” y nos hemos dejado transformar por él convirtiéndonos, en testigos de su encarnación “[...] y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros” (Jn. 1, 14).

Este trabajo tiene como objetivo general: Profundizar y analizar a la luz del evangelio según san Juan la experiencia de los discípulos de Jesús para evidenciar que encuentro, fe y entrega son esenciales para una justa comprensión y vivencia del discipulado en la actualidad.

Al mismo tiempo busca desarrollar los siguientes objetivos específicos:

- Identificar y señalar algunos rasgos elementales del discipulado en el evangelio de san Juan que permitan valorar hoy la experiencia de seguimiento como una gracia de encuentro, fe y entrega.
- Valorar el discipulado como un proceso a fin de que se comprenda y se acoja como don de Dios, pero también como tarea y compromiso humano.
- Motivar a una renovación pastoral del discipulado en las comunidades para reconocer las implicaciones éticas que determinan la vida del discípulo de Hoy

Por tanto, se reafirma el tema de: “Discipulado: experiencia de encuentro, fe y entrega con Jesús” como una realidad fundante y elemental que permite al discípulo tener como característica principal, manifestar, señalar, testimoniar, revelar, atestiguar y expresar con su vida la presencia de Dios. A partir de la adhesión a Cristo el discípulo adquiere un compromiso con su causa que le permite ser sujeto de transformación en la realidad que vive.

Este estudio busca generar una propuesta de discipulado como experiencia personal de encuentro, fe y entrega ante la persona de Jesús a partir de las diversas citas bíblicas que el evangelista utiliza para fundamentar la experiencia de fe de la comunidad joánica.

Por tanto el primer capítulo desarrolla el ámbito contextual del Evangelio teniendo en cuenta autor, fecha, estructura, comunidad destinataria, sentido teológico y el trasfondo de la palabra discípulo.

El capítulo segundo profundiza la experiencia del encuentro con Jesús a partir del dato antropológico y teológico con el fin de ahondar en esta experiencia como medio de transformación, búsqueda, libertad, alegría y testimonio que emerge entre la persona y Jesús a partir de dicho encuentro.

El tercer capítulo está dedicado al estudio de la fe en la vida del discípulo. Se profundiza la experiencia de la fe como el corazón del discipulado y a partir de ello se reconoce a Jesús como Palabra hecha carne desde un itinerario de escucha e interiorización.

El cuarto capítulo está centrado en el desarrollo del discipulado como testimonio y entrega, siendo signo de: expresión de amor, fidelidad a la Palabra, don del Espíritu, servicio de vida, así mismo se presenta al discípulo amado como prototipo de entrega.

Cada uno de los capítulos toma en cuenta textos propios del evangelio de Juan prestando atención al trabajo exegético, hermenéutico y teológico producto de la investigación de diversos autores que han escrito en torno a este evangelio. Entre ellos destacamos los siguientes: Brown y su estudio al evangelio a través de los tomos I-II, León Dufour y su comentario al Evangelio en tomos I-IV, Sánchez y su obra “Evangelio de Juan”. Carrillo y su comentario, el evangelio Según san Juan. Barret y su comentario Evangelio Según San Juan, Moloney, y su obra “el Evangelio de Juan”; Wikenhauser, y su obra sobre el evangelio de Juan. En donde se conjuga equilibradamente el procedimiento analítico y sintético de cada perícopa. Estos autores han sido tomados en cuenta con la finalidad de dar soporte a la investigación que se presenta.

Al final concluye la investigación con un capítulo dedicado a poner en evidencia algunos desafíos pastorales para el discípulo de hoy en concordancia con los tres aspectos estudiados, a fin de generar una propuesta que ilumine y sostenga la espiritualidad de todo discipulado.

II. MARCO TEORICO

Capítulo I

Aspectos Preliminares

Se inicia este estudio señalando algunos aspectos preliminares, cuya finalidad pretende contextualizar el contenido que se desarrolla dentro del estudio. Por tanto, intenta ser una plataforma general sobre el Evangelio de Juan con el fin de valorar y subrayar la importancia del tema del discipulado en dicho ambiente.

El Concilio Vaticano II subraya que los Evangelios ocupan un espacio central en la vida de todo creyente “puesto que son el testimonio principal de la vida y doctrina del Verbo Encarnado, nuestro Salvador” (Dei Verbum, No. 18). Como consecuencia de ello, se considera elemental, volver la mirada a las fuentes y profundizar desde ellas el tema del discipulado. En este caso se intentará volver la mirada al Evangelio de Juan.

En este capítulo se profundiza el evangelio de Juan a partir de datos como: autor, fecha, estructura literaria, comunidad destinataria, sentido teológico y el trasfondo de la palabra discípulo en dicho Evangelio.

1.1. Género literario “Evangelio”

En su origen la palabra evangelio no era un término literario. Fue a partir del siglo II, que se empezó a utilizar para designar un escrito acerca de Jesucristo. Sin embargo Bartolomé (1995) afirma: “antes de ser termino técnico cristiano ya era conocido [...] en el helenismo, como en el judaísmo en ambos a pesar de su origen profano, había recibido ya un sentido religioso” (págs. 19-20).

El género literario “evangelio” está inspirado en la novedad absoluta de una persona y su mensaje: Jesús de Nazaret y expresa un testimonio de fe. Según Anleu (2014) este género literario: “traspasa el tiempo, es una historia del pasado que habla al presente e invita a los

lectores y a los oyentes actuales a insertarse en ella por medio de la fe” (p. 6). A partir de esta realidad se considera el evangelio de San Juan como un testimonio profundo de fe que fortalece la experiencia espiritual del discípulo de hoy.

1.2. Evangelio de San Juan

El evangelio según San Juan también es conocido en el mundo de la investigación exegética como el “IV evangelio”, debido a la posición que ocupa dentro del canon del Nuevo Testamento. Sin embargo algunos autores como Jaubert (1987) se refieren a este evangelio como “evangelio espiritual”, debido a la profundidad de la mirada que dirige sobre el misterio de Cristo” (p. 5) .

Con respecto a lo anterior León Dufuor (1989), citando a Eusebio de Cesarea afirma “en el siglo II, Clemente de Alejandría refiere, observando que los hechos corporales habían sido narrados en los evangelios, Juan, el último de todos, compuso el evangelio espiritual” (pág. 13).

Según Barret (2003), el evangelio de Juan revela un contenido de temas esenciales unidos entre sí; “la escatología va unida a la cristología, la salvación a la fe y al conocimiento, los milagros a los sacramentos” (pág. 111). A través de este contenido se presenta a Jesús como Mesías, desde un mesianismo a la vez “escondido y revelado; escondido para los que no creen y revelado a los creyentes, elegidos por Dios” (págs. 116-117). Jesús es el centro de toda la teología joánica; por tanto, cabe hacer la pregunta: ¿Cómo encontrar a través del testimonio de Juan el rostro auténtico y la realidad profunda de Jesucristo? (Guillet, 1982).

Para responder a dicha pregunta, se puede afirmar que Juan aporta diversos elementos que permiten un acercamiento a la realidad profunda de ese misterio. En este caso, se profundiza acerca de los elementos del discipulado que iluminen al discípulo de hoy a dejarse encontrar por Cristo, a caminar en la fe y a vivir una entrega como fruto del encuentro con el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Asimismo el evangelio de Juan, contiene una finalidad fundamental “para que ustedes crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios [...]” (20, 31). Esta expresión permite reconocer que dicho

evangelio no está preocupado en informar acerca de Jesús, al estilo de las biografías, ni mucho menos intenta satisfacer la curiosidad; sino su enfoque está en función de la fe de la comunidad que produce y que lee el evangelio.

Profundizar en el evangelio de Juan permite reconocer que todo él fortalece un camino espiritual para poder llegar a la confesión de fe que aparece en boca de Tomás “Señor mío y Dios mío” (Jn 20,28). Resulta interesante que en este evangelio Jesús se muestra hablando de sí mismo, del Padre que le ha enviado y de la promesa del Espíritu. Con esto se afirma que las auto-presentaciones de Jesús (“Yo soy”) ocupan un lugar muy importante en el evangelio. Es decir, que es él, el que se relaciona con el Padre, con el Espíritu y con toda persona que cree en él.

1.3. Autor del Evangelio

Esta es una de las cosas difíciles del cuarto evangelio y ha conducido a diversos estudiosos a plantear varias teorías. Pero no hay una propuesta que goce de unanimidad por parte de los especialistas de la Biblia. Aceptando el recorrido sobre la historicidad del autor realizada por Moloney (2005), se describe lo siguiente:

Desde sus inicios se le atribuye al discípulo amado en cuanto que el mismo evangelio afirma: “este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y que las ha escrito, y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero” (21, 24), sin embargo la cuestión va más allá, y se hace necesario intentar dar una respuesta a este asunto de quién era ese personaje llamado discípulo amado.

Barret (2003), afirma que a finales del siglo II se recoge el testimonio de Ireneo donde se enfatiza: “Juan, el hijo de Zebedeo [...] era el discípulo preferido de Jesús, vivió en Éfeso hasta edad avanzada, y allí publicó el cuarto evangelio” (pág. 158). Sin embargo, Moloney (2005) considera que este testimonio carece de evidencia dentro del mismo evangelio y considera que Ireneo podría haber tenido otras razones para realizar esta relación “Ireneo podría haber estado

fuertemente influido por la necesidad de dar autenticidad a la tradición joánica para salvarla de las especulaciones de los escritos gnósticos (pág. 30).

Las conclusiones más recientes afirman que el “autor era un fundador de la comunidad, posiblemente un discípulo de Jesús, pero no el hijo de Zebedeo o uno de los doce” (Moloney, pág. 31). Sin embargo, resulta interesante la conclusión que transmite Anleu (2014) con referencia al dato del autor:

El complejo problema relacionado con el autor, queda sin resolverse en cuanto a su identidad, y parece que esto era irrelevante para la comunidad, pues se ha esforzado por indicar sobre todo, la calidad del testigo, su relación íntima con el Señor, su autoridad en la comunidad y que su fuente de revelación es el mismo Dios. Esto es lo que importa, la fe de la comunidad en Jesús, es una fe apostólica (pág. 6).

1.4. Fecha y estructura literaria

Con respecto a la fecha, Brown afirma “el cuarto evangelio no es el producto de una sola y única redacción, sino el resultado de una lenta elaboración y de un largo proceso literario. Contiene, por lo tanto, elementos de épocas diferentes, repeticiones, duplicados, redacciones diversas de una misma enseñanza” (como se citó en Carrillo, 2010, pág. 49).

Este evangelio probablemente fue escrito entre los años 90 y 100, como fruto de un largo proceso de reflexión teológica, que le permitió pasar por la tradición y la predicación oral de un discípulo de Jesús que daba testimonio de lo que dijo e hizo Jesús mientras estaba con ellos.

En este sentido Carrillo (2010) describe el proceso que dio origen a una primera edición del Evangelio de esta forma “esas tradiciones, orales primero y escritas después, fueron redactándose y organizándose dando lugar con el tiempo a una primera edición del evangelio. Este evangelista pudo ser el mismo apóstol o bien un discípulo suyo” (pág. 49).

Al morir el discípulo se considera que algunos discípulos escribieron una edición nueva y definitiva (cf. 21, 24-25). A este hecho se le acuña la incorporación de algunos textos, por ejemplo “los discursos de 3,31-36; y 12,44-50; el pasaje eucarístico 6,53-58; los grandes discursos de despedida 15-17, y el capítulo 21, 1-23. (Carrillo, 2010, pág. 50). Dentro de este ambiente se remarca la importancia del discípulo en la transmisión del Evangelio a la comunidad creyente, como un hecho de fe que resguarda la manifestación de Dios realizada en Jesús.

En cuanto a la estructura muchos coinciden en indicar que el evangelio se puede dividir en dos grandes partes llamadas: prólogo y epílogo, aquí se sigue la propuesta de Moloney (2005) quien sugiere que el evangelio “puede dividirse en cuatro secciones:” (pág. 46)

Sección 1. El Prólogo (1, 1-18) teniendo como centro la naturaleza de Jesucristo como encarnación de “la Palabra” o “el Verbo”.

Sección 2. El ministerio de Jesús, o también llamado el libro de los signos (1,19-12,50). Esta parte se centra en ir revelando de modo paulatino la presencia de Jesús como el verdadero Cristo, enviado del Padre. Ante ello los discípulos juegan un papel muy importante en la apertura a las diversas manifestaciones del mismo Cristo, estas son el camino de fe propuesto por el mismo Cristo para irle descubriendo de manera personal y comunitaria.

Sección 3. El “Libro de la Gloria” el cual inicia con el relato de la última noche de Jesús con sus discípulos, la pasión y la resurrección, (13,1-20,29), esta parte es presentada como el momento cumbre de la vida de Jesús, el momento de la hora ha llegado para Jesús, es un momento cumbre y para los discípulos es también un tiempo decisivo, porque deberán asumir las implicaciones de la fe y del seguimiento.

Sección 4. El epílogo Jn 21, está centrado en la recopilación de diversas apariciones de Jesús Resucitado a sus discípulos, al mismo tiempo se reconoce que el discípulo amado y Pedro ocupan un lugar importante dentro de la comunidad. El cuadro que sigue a continuación, sirve de ayuda para visualizar el esquema de la estructura del Evangelio propuesto por Moloney (2005, pág. 47).

DIVISIÓN	CAPITULOS	CONTENIDO
I. PROLOGO	1, 1-18	
II. LIBRO DE LOS SIGNOS	1,19-12,50	<p>Primer signo: Transformación del agua en vino en Caná (2,1-11).</p> <p>Segundo signo: Curación del hijo de un funcionario real (4,46-54).</p> <p>Tercer signo: Curación de un hombre enfermo (5,1-9).</p> <p>Cuarto signo: Multiplicación de los panes y los peces (6,1-15).</p> <p>Quinto signo: La caminata de Jesús sobre el agua (6,16-21).</p> <p>Sexto signo: La curación de un hombre ciego de nacimiento (9,1-7).</p> <p>Séptimo signo: La resurrección de Lázaro, de entre los muertos (11,1-41).</p>
III. LIBRO DE LA GLORIA	13-20	<p>Último discurso (13,1-17,26)</p> <p>La pasión (18,1-19,42)</p> <p>La resurrección (20,1-29)</p> <p>Conclusión (20,30-31)</p>
IV. EPILOGO	21	Otras apariciones del Resucitado (21,1-25).

1.5. Comunidad Destinataria y sentido teológico

El contenido teológico del evangelio de Juan es una respuesta a la situación que vive la comunidad judeo-cristiana, la cual está marcada por un trasfondo de creencias gnósticas, diversas corrientes filosóficas, situaciones difíciles al interno de la comunidad que giran en torno a la identidad de Jesús. “En este evangelio se relatan las polémicas, los conflictos, las rupturas que, siguiendo la línea de los que conoció Jesús, marcaron a la primitiva iglesia y más especialmente a la del ambiente joánico” (Jaubert, 1987, pág. 5).

Por tanto, la comunidad joánica tiene su origen en los discípulos de Jesús donde el discípulo amado es testigo fiel del misterio de Cristo, “él es el garante de una comunidad primitiva” (Sarasa, 2014, pág. 218). Desde esta realidad se puede comprender que dicha comunidad tiene sus inicios “entre judíos que se acercaron a Jesús y que le reconocieron, sin mucha dificultad, como el mesías que esperaban” (Sarasa, 2014, pág. 219). De esta manera, los que se van encontrando con él lo aceptan y al mismo tiempo van descubriendo progresivamente la manifestación de su misterio que se expresa a través de los signos que suscitan la fe.

Por tanto el evangelista se abre a las diversas polémicas que giran en su entorno y se esfuerza para dejar claro quién es Jesús, frente a la opción de rechazo de aquellos que no creen en su presencia y terminan en la oscuridad y en la ceguera espiritual, “vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz” (3,19).

La estructura joánica como se ha indicado arriba señala dos momentos importantes en la vida del discípulo: la actividad pública de Jesús, o lo que conocemos como, el libro de los signos, y la revelación hecha al grupo de discípulos a través de discursos, alegorías, que permite al discípulo pasar de una fe incipiente marcada por lo visible (signos) a una fe en la revelación de lo invisible (metáforas) donde el discípulo está llamado a acoger el misterio de Dios y a identificarse, la cual no es un simple símbolo sino una realidad que el mismo discípulo debe asumir.

1.6. Trasfondo de la palabra discípulo

Según Mateos y Barreto (1980), “el término discípulo (*mathētēs*) es correlativo de Maestro, (*rabbí, didaskalos*)”. Al mismo tiempo afirman que el término seguir “es el verbo que describe metafóricamente la fidelidad del discípulo a la práctica del mensaje de Jesús” (págs. 67-68). A partir de esta idea Bauer (1967) confirma que las palabras discípulos y seguir “están en estrecha relación. La palabra seguir, en sentido pleno [...], significa siempre en el Nuevo Testamento el seguimiento de Jesús y supone su presencia corporal” (pág. 300).

Desde esta perspectiva Castillo (2005) sugiere este término como una metáfora: “Esto quiere decir que, según los evangelios, hay verdadera relación con Jesús y auténtica fe donde hay seguimiento del mismo Jesús. Y que no existe esa relación ni esa fe donde el seguimiento falta” (pág. 15).

Partiendo de esta clarificación se reconoce la importancia del verbo seguir dentro del Evangelio y se enfatiza de la siguiente forma: “el verbo “seguir” [...] es una idea fundamentalmente evangélica, aparece alrededor de 90 veces en el Nuevo Testamento y se emplea casi siempre para hablar del seguimiento de Jesús y muy raras veces para referirse a otras cosas” (Castillo, 2005, pág. 49). Este verbo implica entonces movimiento, creatividad, apertura, etc.

La primera vez que se menciona la acción de seguir a Jesús de modo explícito en el cuarto evangelio es en 1, 37: “Los discípulos le oyeron hablar así (a Juan el Bautista) y siguieron a Jesús” (Buritica, 2014). Se percibe entonces, el discipulado como un estilo de vida marcado por el encuentro con Jesús y a partir de esa experiencia se establece una relación estrecha, definitiva y sin reservas por amor (cf. 13,35; 15,13).

Pagola (2012) expresa, que los primeros dos discípulos en el Evangelio de Juan reflejan el anhelo del encuentro: “Jesús pasa y no se detiene junto a Juan el Bautista, sino más bien va más allá, los discípulos de Juan le escuchan y empiezan a seguirle” (pág. 41). Los discípulos no saben aún, quién es él y hacia dónde va. La actitud de seguimiento por parte de ellos revela la

necesidad de una experiencia personal que da lugar al discipulado como experiencia de alguien que llama y de alguien que responde.

Para el evangelio de Juan el discípulo es un creyente (cf. Jn 2,11) es decir, está unido a Jesús a través de la fe (cf. Jn 15,1-8). El evangelista a lo largo de todo el evangelio permite percibir que el discípulo realiza un proceso de iniciación que le conduce al conocimiento de Jesús a través de la fe.

A partir de lo expuesto, se puede interpretar que dentro del cuarto evangelio el discipulado, se presenta como una experiencia de relación basada en el encuentro que conduce a la fe en Jesús, Verbo Encarnado, que ha irrumpido la vida humana, poniendo su morada en medio de ellos (cf. 1, 14).

Por tanto el discípulo se adhiere a la persona de Jesús desde un encuentro personal y comunitario que le conduce a abrirse al don de la fe y a expresarla desde una entrega dinámica lo cual “no significa permanecer tranquilos y esperar, sino ir con él siguiéndole” (Bonhoeffer, 2004, pág. 32).

Capítulo II

La experiencia del encuentro con Jesús, esencial para el discipulado

La experiencia de discipulado en el cuarto evangelio se fundamenta en “creer en Jesús, como enviado del Padre”, no se puede creer o tener fe en alguien que no se conoce. Se enfatiza entonces, que Jesús ha asumido la condición humana, porque solo los seres iguales se reconocen entre sí, siendo esta a su vez la base de las relaciones interpersonales (cf. Gnilka, 1998, pág. 301).

Este capítulo está centrado en presentar características elementales que configuran el encuentro de Jesús con las personas, acentuando la experiencia del discípulo desde una relación de encuentro donde Jesús tiene la iniciativa.

2.1. El encuentro como dato antropológico

El encuentro es la relación que surge entre las personas de forma privilegiada ante las diversas realidades humanas, Martín (2007) afirma: “tal acontecimiento tiene sus raíces en la dimensión subjetiva del hombre” (pág. 34), ante esta realidad la experiencia del encuentro no queda reducida a algo meramente físico sino a algo que trasciende la materialidad.

A través del encuentro la persona ofrece, recibe y engendra posibilidades; toma iniciativas, crea y comparte sus proyectos, al mismo tiempo se hace partícipe de la vida del otro desde una experiencia “reversible, bidireccional, en las que dos realidades se influyen mutuamente” (López, 2015).

Se puede hablar del encuentro como una experiencia de misterio donde la persona vuelve su ser hacia el ser del otro, este acto expresa un ejercicio de libertad plena. La reciprocidad, generosidad, disponibilidad, confianza, fidelidad, paciencia, etc., son actitudes esenciales para entrar en la dimensión de hacerse uno con el otro (cf. López, 2015).

A partir de ello, se considera que el encuentro es real cuando existe *intimidad entre las personas que se encuentran*, esta intimidad abre a la trascendencia que permite a la persona ser más que un individuo, convirtiéndolo en un ser relacional y personal, en esta relación la persona descubre su vocación con y para el otro.

En la vida humana esta experiencia es esencial, toca lo más profundo de la persona, su integralidad como ser humano. “La respuesta a esta exigencia [...] está compuesta de actitudes como la disponibilidad por la cual abrimos nuestra existencia a las llamadas, a los requerimientos de otras libertades, la atención a las señales de esos otros mundos que son los otros sujetos” (Martín, 2007, págs. 34-40). Por tanto, toda vida verdadera es encuentro que encamina al ser humano a la plenitud.

2.2. El encuentro como experiencia teológica

La experiencia del encuentro en la Biblia es esencial e importante, permite al ser humano reconocer la esencialidad de la revelación, que se manifiesta en la auto-comunicación del misterio de Dios desde un encuentro personal con el hombre y la historia.

A través del encuentro se narra la relación de Dios y su pueblo en sentido bidireccional. En el Antiguo Testamento se expresa una estrecha relación entre Dios y el hombre, hasta el grado que se le percibe con atributos o características meramente humanas (cf. Sañartu, 1988, pág. 6).

Estos atributos humanos pretenden mostrar el anhelo de Dios de relacionarse con la persona, ante ello mencionan ciertas características: sale al encuentro del hombre y crea un dialogo (Gn. 3, 9s, 4,9), trasmite su gracia (Gn. 6, 8), elige a su pueblo (Ex. 6, 7s), habla cara a cara (Ex.33, 11), abre a la intimidad (2 Sam. 7, 18s.) y le descubre su vocación (Jr. 1, 4-10).

En el Nuevo Testamento el encuentro del ser humano con Dios se manifiesta en el misterio de Encarnación del Hijo (cf. Jn. 1,14). Esta manifestación exige una apertura de la persona (cf. Jn. 1, 11), esta propuesta de encuentro sigue siendo una constante en la relación de Dios y la persona (cf. Ap. 3, 20). Es esta perspectiva del encuentro, Juan Pablo II también expresa al inicio de su pontificado: “¡No tengan miedo! ¡Abran, abran de par en par las puertas a Cristo! Cristo sabe lo que hay dentro del hombre”.

2.3. Encuentro experiencia transformadora

El evangelio de San Juan constituye un testimonio de encuentro. Literariamente está como diseñado para resaltar la realidad del encuentro y por eso recurre con frecuencia al diálogo. Desde la encarnación (cf. Jn 1,14), hasta el dialogo entre Pedro y Jesús después de la resurrección a la orilla del lago de Tiberiades (cf. Jn 21). Se trata de un encuentro personal, interno y transformador que conduce a la vida (cf. Juan 10,10). Este encuentro brota desde la comunicación de Dios hacia el hombre a través de la persona de Jesús. Mateos y Camacho

(2003), consideran este encuentro como fruto del amor de Dios que busca comunicarse, encontrarse con la persona:

Si Dios es amor, necesariamente tiene que comunicarse; su deseo es hacer a otros partícipes de su propia realidad. Esta es la idea que propone Juan en el primer versículo de su Evangelio, que traducimos según su sentido más asequible: “Al principio ya existía el Proyecto, y el Proyecto interpelaba a Dios, y un Dios era el Proyecto”. El proyecto de Dios, que el hombre llegue a ser como él, se hace realidad en Jesús y sucesivamente en la humanidad nueva; ellos constituyen el término de la comunicación divina y la realización del proyecto.(pág. 97)

A partir de esta realidad se percibe el diálogo como un momento de encuentro privilegiado donde el mensaje de Jesús se aclara desde la palabra, los gestos, actitudes que van emergiendo a través de ello y con ello. Brown (1995) afirma:

Las primeras palabras de Jesús en el cuarto Evangelio son una pregunta que dirige él a todos los que están dispuestos a seguirle: “¿Qué buscáis?” [...] Esta pregunta apunta a la necesidad básica del hombre, que le hace volverse a Dios, y la respuesta de los discípulos ha de interpretarse al mismo nivel teológico. El hombre desea estar (menein, morar, permanecer) con Dios; trata constantemente de superar la temporalidad el cambio y la muerte, en busca siempre de algo permanente. Jesús responde con el desafío total de la fe: Venid y lo veréis. (pág. 294)

Resulta interesante, reconocer que en el encuentro de Jesús con Nicodemo el evangelista inicia señalando el momento “es de noche” (3,2) y “termina con la afirmación de que los hombres han de abandonar las tinieblas y acercarse a la luz” (Brown, 1995, pág. 370). Por tanto, este encuentro expresa un camino de transformación en la vida de Nicodemo quien se dirige a Jesús como maestro que viene de Dios (identidad). Siguiendo a Brown (1995) se señala que “en la última parte del discurso se afirma que Jesús es el Hijo único de Dios (v. 16), al que Dios ha enviado al mundo (v. 17) como luz del mundo (v. 19).”(pág. 370). Por tanto, uno de los aspectos elementales para un encuentro transformador es el camino que realiza la persona para descubrir y reconocer la identidad de Jesús.

Esta misma situación de transformación aparece en el diálogo con la Samaritana (4,1-42), donde el fruto del encuentro es la confesión de una mujer y la salvación de un pueblo. Todo el diálogo presenta “a un Jesús que restablece un vínculo de amor entre Dios y el pueblo samaritano, acusado en las mismas Escrituras de idólatra (cfr. 2R 17, 24-41).” (Buritica, 2014, pág. 94). En este caso se reconoce que el encuentro de Jesús y la samaritana genera una situación nueva, un rompimiento de esquemas en esta mujer, pues siendo él un judío le pide de beber, luego le ofrece algo mayor que ella no comprende, pero a través de la disponibilidad profundiza ese encuentro y reconoce el sentido profundo del ofrecimiento, llegando al culmen de la expresión de una fe comunitaria.

Si bien es cierto, el encuentro dentro del cuarto evangelio es elemental entre los hombres y Jesús, y entre Jesús y los hombres; es la esencia de la apertura al misterio de Dios que se ha hecho “Verbo Encarnado, que ha irrumpido en la vida de los hombres poniendo su morada en medio de ellos” (1, 14). Como consecuencia de esta presencia Léon Dufour (1989) afirma: “verdaderamente, los primeros discípulos, a través de las palabras y de los actos de Jesús de Nazaret, reconocieron la gloria del Logos, tal como lo mostrará el evangelista al narrar los signos (2,11)” (pág. 94).

A partir de ello se considera elemental el encuentro, si no se realiza esta experiencia con Jesús será muy difícil comprender el plan de Dios en la historia humana. Con respecto a esto se afirma que no puede haber encuentro sin transformación de vida, que impulse a vivir con autenticidad y coherencia.

2.4. Encuentro como experiencia de Búsqueda

La experiencia del encuentro implica siempre una situación de búsqueda que pone en movimiento a la persona, por ejemplo “los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y al ver que le seguían les dice ¿qué buscáis?” (Jn. 1, 38). Esta escena evangélica refleja el deseo de búsqueda por parte de los discípulos que permite un encuentro, trasluce también que esa búsqueda manifiesta una necesidad de la persona de encontrarse con alguien que pueda dar sentido a su existir (cf. Pagola, 2012, pág. 41-42).

De igual manera, la búsqueda tiene como finalidad conocer algo de la persona con quien nos encontramos; el acercarse al otro brinda la oportunidad de acoger desde la experiencia personal su modo de vivir, refiriéndose a este deseo de búsqueda Pagola (2012) considera que los discípulos “desean que les enseñe a vivir” (pág. 41). Como consecuencia de ello, la pregunta ¿qué buscáis? implica a la persona misma, y la invita a realizar una experiencia de búsqueda, a través de un contacto que conlleva una praxis.

Con referencia a lo anterior se puede decir que a través de la búsqueda surge la necesidad del discípulo de revisar constantemente su adhesión a Jesús, que se expresa en el reconocimiento de Jesús como camino, verdad, y vida (cf. Jn 14,6). Ante esta realidad Buritica (2014) expresa:

El discipulado cristiano no se trata del cumplimiento y observancia de ciertas normas o leyes, ni en la intelección de verdades teóricas, por más refinadas que estas sean (rastros que fueron quedando en la manera de vivir el cristianismo, pero que son más propias de otras religiones y culturas), sino que el verdadero seguimiento se afirma en la auténtica relación con la Persona adorable de Jesús, lo que significa la apropiación profunda de sus enseñanzas, de los principios evangélicos, en este caso el de Juan y la adecuación cotidiana a ellos (pág. 101).

Significa entonces, que no se puede seguir a Jesús sin haber experimentado antes un anhelo de búsqueda que ha sido colmado con el encuentro. Se debe señalar que a partir de los principios evangélicos de Juan se reconoce, que los discípulos siguen a Jesús, porque han experimentado el deseo de búsqueda de algo mayor, Pagola (2012) considera que los discípulos están “interesados en conocer mejor el mundo de Jesús” (pág. 43), este interés les conduce a un encuentro y le reconocen como: “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 29,37), el Mesías, el Cristo (Jn 1,41), aquel al que describen Moisés en la Ley y los profetas (Jn 1,45), el Hijo de Dios, el Rey de Israel (Jn 1,49).

Tal como se observa en Jn. 1,37, la búsqueda de los discípulos abre paso a un desencadenamiento evangélico que permite al discípulo aprender a vivir estilo de Jesús. Después de esa búsqueda el discípulo se encuentra con Jesús y decide acoger su propuesta: “has de ver

cosas mayores” (1,50), visto de esta forma se vuelve a remarcar el dinamismo del encuentro, que implica ponerse tras las huellas del maestro y descubrirle a lo largo de su ministerio.

Todo lo mencionado anteriormente permite percibir la experiencia de búsqueda como medio de encuentro a través del cual Jesús transmite confianza y conduce a la luz (cf. 8,12), hace que el discípulo se cuestione de la situación o realidad ¿Maestro quien pecó, para que naciera ciego? (9,2), coloca al discípulo en pos de él (cf. 10, 4), su voz es inconfundible (cf. 10, 27). Su manifestación se expresa por el dialogo entre el discípulo y el maestro (cf. 11, 7-16).

De este modo Jesús coloca al discípulo junto a él, (cf. 12,26), expresando que el servicio es una cualidad que conduce a la entrega, a través de la permanencia en él (cf. 15, 5), hace a sus discípulos participes de su alegría (cf. 15, 11), realiza señales en su presencia para que crean en él como el enviado del Padre y aun después de la fragilidad del discípulo le vuelve la palabra “sígueme” (21,22).

Por consiguiente, este itinerario expresa que la búsqueda engendra el deseo de aprender a vivir al estilo de Jesús, implica abrir el corazón a su presencia y dejarse encontrar por él. Finalmente, se reconoce que en el origen de esta búsqueda está el amor de Dios manifestado en la persona de Jesús hacia cada persona. Por su parte, el discípulo expresa su autenticidad de búsqueda en la capacidad de ser fiel al testimonio que Jesús ha revelado y del cual le hace partícipe, ¿Qué buscáis?

2.5. Encuentro como experiencia de libertad

El encuentro con Jesús es una llamada a la libertad (cf. 8, 36), esta libertad ayuda a encontrar y dar respuesta a los deseos más profundos del ser humano.

El evangelista haciendo uso de la alegoría del Buen Pastor pone en boca de Jesús estas palabras: “Yo soy la puerta: quien entra por mí se salvará; podrá entrar y salir” (Jn. 10,9). Pagola refiriéndose a este texto dice “la vida tiene muchas salidas. No todas llevan al éxito ni garantizan

una vida plena...quien entra por Jesús tiene libertad de movimientos [...] y se mueve siguiendo sus pasos” (2012, pág. 136).

En la misma línea Mateos y Barreto (1980), consideran que la libertad del discípulo ante el encuentro está basada en la conciencia del amor del Padre que ha querido encontrarse con su pueblo en la persona de Cristo. Esta libertad no es abstracta, se concretiza en los frutos que el discípulo produce (cf. 12,24), desde la experiencia de unidad con Jesús; por eso para Jesús es muy importante que el discípulo comprenda qué significa la libertad. Y de ahí que el evangelista de importancia a muchos símbolos de la época que expresaban esta realidad.

Así por ejemplo, señala Mateos y Barreto (1980): “Señal de ser hombre libre en la época de Jesús era comer reclinado en la mesa” (pág. 176), actitud que Jesús pide ante el signo de la multiplicación de los panes (6,10), después de que las personas asumen esta actitud Jesús les da de comer como signo de libertad, ya que “la comida que Jesús reparte es para hombres libres y hace hombres libres” (Mateos & Barreto, pág. 176).

En el lavatorio de los pies (13, 4s), Jesús manifiesta el sentido profundo de libertad que debe existir en la vida de cada uno de los discípulos. Siendo él, el Señor, se pone al servicio de los suyos. Para la cultura de la época, lavar los pies significa, que él asume la condición de siervo y eleva a sus discípulos a la categoría de “señores”, es decir, los discípulos son hombres libres llamados a servir y entregarse en libertad.

Por tanto el encuentro como experiencia de libertad conduce al discípulo a reconocer la importancia de la libertad ante la entrega y adhesión a su persona.

2.6. Encuentro y Alegría

El testimonio de los primeros discípulos confirma que el encuentro con Jesús es transformador y la alegría es el reflejo de dicha experiencia. Según Wikenhauser (1967), Felipe al encontrar a Natanael (cf. 1,45) “le participa de la alegre noticia de que él y sus compañeros acaban de encontrar a aquel de quien escriben Moisés en la ley y los profetas” (pág. 107). La

expresión “lo hemos encontrado” refleja la experiencia de haber encontrado a alguien que vale la pena, y ante este suceso el corazón se llena de alegría que no cabe dentro de sí mismo y conlleva la exigencia de compartirla para que otros puedan realizar dicha experiencia” (cf. 1,46).

La experiencia de los discípulos de Jesús transmitida por el cuarto Evangelio revela que la alegría brota de algo que toca el corazón de la persona, no es que el corazón se ponga alegre porque quiere, sino porque hay algo o alguien que la provoca. Esta es la alegría de quien ha experimentado el amor de Dios en su vida y desea gozosamente que los demás también puedan experimentar y gozar de este maravilloso encuentro.

Esta alegría encontrada y experimentada en Jesús reboza la vida del discípulo, y le lleva a reconocerle a través de sus gestos y palabras. En Jn. 20, 8 se hace referencia a la experiencia del Pedro y del otro discípulo quienes llegaron al sepulcro y no encontraron a Jesús, el evangelista afirma que únicamente estaban los lienzos junto al sudario con el que habían cubierto su cabeza; ellos no ven físicamente a Jesús. Pero a pesar de ello logran entrar en la dinámica de la fe que es capaz de provocar alegría, cuando todo apunta que lo que se debieran hacer es ponerse a llorar; resurge algo trascendente. El no encontrarlo en la tumba, no es el fin de la historia, es el inicio de la historia de amor más intensa narrada en la biblia, el encuentro con el resucitado se revela, como el mejor de los encuentros, capaz de provocar una intensa alegría que ya nadie puede quitar.

Así pues, el anuncio de la Resurrección no disipa los miedos, se hace necesario volver al encuentro con Jesús para experimentar y sentirle como fuente de vida y alegría. Esta experiencia insiste y remarca la importancia del encuentro con él, solo el encuentro con Jesús, sostiene la vida aún en medio de la muerte. Su presencia fortalece las vicisitudes y abre a una esperanza nueva.

Subraya el evangelista que los discípulos se alegraron al ver al Señor (cf. 20,20); ellos estaban reunidos, y en esa unidad Jesús se presenta y les vuelve a transmitir su alegría desde una perspectiva comunitaria. De esta manera el evangelista señala la esencialidad de la alegría, la

cual, no se vive de manera individual. La vitalidad de la alegría se expresa a través de la vida comunitaria que comparte el gozo de sentir que Jesús es el centro de dicho encuentro.

Por tanto, esta alegría también capacita al discípulo para reconocer a Jesús como: Palabra encarnada (Jn 1,14), luz del mundo (Jn 8,12), como camino, verdad y vida (Jn 14,6), puerta que abre a una experiencia nueva y liberadora (cf. Jn 10,7s), buen pastor que da su vida por sus ovejas (Jn 10,11,14), pan de vida (Jn 6), resurrección y vida (Jn 11,25), el Hijo del Padre (Jn 5,19- 23;26-27; 36-37; 43), el que existe antes que Abrahán (Jn 8,57), el Señor resucitado (Jn 20, 19).

La alegría produce un dinamismo capaz de ver más allá de la duda y el miedo ante el encuentro con el Señor. Su vitalidad brinda esperanza ante la ausencia física del maestro como aparece en Jn. 16, 20-22: “les aseguro que ustedes llorarán y se entristecerán [...], pero su tristeza se transformará en alegría [...] y nadie podrá quitarles su alegría”.

2.7. Del encuentro al testimonio

“Nadie ha visto a Dios jamás, pero Dios Hijo único nos lo dio a conocer” (1,18). A través del encuentro, Jesús se revela al discípulo, quien debe vivir su discipulado en coherencia a la experiencia vivida y compartida. “En la comunidad el Espíritu da testimonio de Jesús (15,27) Mesías e Hijo de Dios (cf. 20,31), los discípulos a su vez, lo dan en medio del mundo (15,26)” (Mateos & Barreto, 1980, pág. 281).

El testimonio es un elemento decisivo en la vida del discípulo, desde su manera o forma de vivir dará testimonio del encuentro que ha tenido con Jesús. A través del testimonio de vida el discípulo prolongará la gracia y el don del encuentro.

En consecuencia el evangelista describe algunas pautas que reflejan el testimonio del verdadero discípulo. “Jesús subió al monte y se sentó allí con sus discípulos” (6,3), el discípulo debe tener esa capacidad primera de estar con Jesús para poderle escuchar, sentir y gozar su presencia y luego transmitirla desde su experiencia cotidiana. Esto también le lleva a

“mantenerse en su palabra” para conocer la verdad, reconociendo que ella le hará libre (cf. 8,31-32).

Desde su vitalidad el discípulo expresa lo distintivo de su ser, “En esto reconocerán todos que son mis discípulos, en que se amen unos a otros” (13,35), no se trata únicamente de amarse recíprocamente, este amor tiene la capacidad de trascender hasta dar la vida por el otro.

Es necesario entonces, reconocer que el ser discípulo no es un dato o una teoría sino más bien es “el resultado que se obtiene al final de un camino y un proceso” (15, 8) (Destro & Pesce, 2002, pág. 122), por ello el discípulo no debe olvidar, que es Jesús quien le ha preparado para ir y dar fruto abundante desde su permanencia en él. Por tanto el discípulo no debe pretender ser testigo del maestro fuera de él, la esencia de su ser discípulo no es mérito propio sino que ha sido Jesús quien lo ha elegido “Ustedes no me eligieron a mí; he sido yo quien los eligió a ustedes” (15,16).

Capítulo III

Discipulado: Fe que vincula y Trasciende

La fe constituye una de las experiencias elementales en la vida del ser humano; particularmente, para el cristiano la fe es don de Dios que subyace en la experiencia de sentirse amado por Dios “[...] nadie puede venir a mí si no se lo concede el Padre.” (6,65), para creer y tener fe es necesario reconocer lo que implica este don. No es lo mismo “lo que se cree” y “a quién se cree”.

De acuerdo con García (2012) “lo que se cree”, se refiere a verdades, dogmas, normas, mandamientos, ritos, ceremonias, etc. “En quién se cree” se refiere a personas [...], a las verdades se les acepta con la cabeza y a las personas con el corazón y la vida” (pág. 25).

Indiscutiblemente cuando “se cree” se está afirmando, según Arduoso (2000), “que se fía de Jesucristo que habló y actuó en nombre de Dios” (pág. 24). Así mismo, el Papa Benedicto XVI

puntualiza “Creer en Jesucristo es, por tanto, el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación”(Porta Fidei). Por consiguiente, con respecto a la fe el futuro del ser humano cobra sentido generando dentro de sí, una apertura a la plenitud trascendente.

Se puntualiza entonces que la fe transmitida por los discípulos esta centrada plenamente en la persona de Jesús, esta fe ha nacido del encuentro con él, como don de Dios (cf.15,16). La fe abre a una experiencia máxima que les permite una comunión de vida con él, adheriendo la vida a un camino de crecimiento y madurez espiritual.

A través de la fe el discípulo sigue a Jesús, escucha su palabra, le reconoce y le confiesa su propia fe: “Señor mío y Dios Mío”(20, 28), “Señor, tú lo sabes” (cf. 21, 17), “ya no creemos por lo que tú has contado. Nosotros mismos lo hemos escuchado y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo (4,42). Por tanto, la “fe es en el pensamiento joánico un estilo de vida comprometida con Jesús” (Brown, 2000, p. 1113).

Como consecuencia del encuentro con Jesús la vida del discípulo queda vinculada a una experiencia de fe cada vez mayor, (cf. 1,50), a partir de ello según Moloney (2005), “se insinúa que aquello que verá resultará de algo que trasciende lo que los discipulos pueden ver por propia iniciativa” (pág. 86) Por tanto, la fe es un hecho que trasciende las capacidades naturales del hombre, abriéndole a una experiencia nueva.

3.1. Fe, el corazón del discipulado

La fe está en el corazón del discípulo, no hay discipulado sin fe ni fe sin discipulado. Es evidente que los primeros discípulos se adhieren a Cristo a partir del testimonio de Juan Bautista: “[...] un hombre, enviado por Dios, [...] Vino para dar testimonio, como testigo de la luz, para que todos creyeran por él” (1,6-7). El testimonio de este hombre da origen al seguimiento de los primeros discípulos de Jesús (cf. 1,37), quienes al encontrarse con Jesús se convierten en testigos del Mesías hacia los demás. Cabe señalar la importancia de la comunicación de esta experiencia, porque a partir de ello se abre paso a nuevos seguidores, quienes desde sus distintas

concepciones sobre Jesús, asumen un camino que ha tenido su causa en la misma iniciativa del mismo Cristo.

A partir del primer encuentro los discípulos se abren a la fe y Jesús confirma los alcances de esa fe (cf. 1,51). Por tanto a través de esta experiencia hay una invitación a ir más allá del encuentro, es el momento de la fe, pero que obviamente no se puede desligar del momento del encuentro.

La propuesta que Jesús realiza (cf. 1, 50) se revela de manera paulatina a través de los signos que el evangelista narra para fortalecer la fe de los seguidores de Jesús, “estas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (20, 31).

Por esta razón, cada uno de los signos: las bodas de Caná (cf. 2,1-12), la curación del hijo del funcionario real (cf. 4,46-54), el paralítico en la piscina de Betesda (cf. 5, 9), la multiplicación de los panes (cf. 6, 14), el caminar sobre las aguas (cf. 6, 19), la curación de un ciego de nacimiento (cf. 9, 6) y la resurrección de Lázaro (cf. 11, 44) expresan la manifestación de Jesús como el Mesías, el Cristo, enviado de Dios.

A causa de esta finalidad, el discípulo está llamado a asumir una actitud de respuesta permanente, que se convierte en un ejercicio de la fe, pues probablemente a esto se debe el énfasis que el evangelista coloca cuando subraya la separación entre los que creen y los que no creen, en el sentido de que la fe se vuelve una cuestión de vida o de muerte, tal como el mismo evangelista lo escribe a sus lectores: El que cree en él no es condenado, pero el que no cree ya está condenado por no haber creído en el nombre del Hijo unigénito de Dios (Jn 3,18).

Como ya se ha dicho, el evangelio de Juan está centrado en la manifestación de Jesús. Por tanto, el tema de la fe es esencial para comprender el tema del discipulado. El libro de los “signos” y libro de la “hora” buscan una respuesta de fe, tal como lo dice el mismo evangelio: “para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre” (cf. 20, 30-31), (cf. Carrillo, 2010, pág. 28-37).

En su primera manifestación (las bodas de Cana), se expresa el camino de fe a través de la siguiente forma: “Y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos”...los judíos que no aceptan esta presencia se pronuncian pidiendo una señal: “¿Qué señal nos muestras para obrar así?, y al ver las señales que realizaba “creyeron muchos en su nombre”. Nicodemo, hombre conocedor de la ley también lo reconoce a través de estas señales afirmando, “nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él” (cf. 2-3,2).

En la curación del hijo del funcionario real: “Si no veis señales y prodigios, no creéis”, se revela en la Palabra pronunciada por Jesús una actitud de confianza que coloca a la persona en camino hacia la fe “Tu hijo vive”, y creyó él y toda su familia” (4, 46-54).

También en la manifestación de Jesús a través de la curación del paralítico en la piscina de Betesda, la fe se manifiesta como don de Dios. Pero también necesita la apertura de la persona para ser acogida (cf. 5,15).

Del mismo modo, en la Multiplicación de los panes, se narra que al contemplar la señal las personas reconocen a Jesús como un profeta “este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo.” (6,14). Una vez más se hace necesario señalar la importancia del camino de fe, que los discípulos deben de realizar para seguir y reconocer a Jesús como el Enviado del Padre.

Por otra parte, en el quinto signo Jesús camina sobre las aguas, a través de ello se enfatiza la invitación de Jesús a confiar en él (cf. 6, 19). Pero también a superar la materialidad de los signos “vosotros me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado” (6,26). Por tanto la maduración de la fe no es algo superfluo, pasa por una experiencia de confianza radical en la persona de Jesús más que por una experiencia de confianza en los prodigios que realiza.

Después de haber visto algunas señales los discípulos aun cuestionan: ¿Qué señal haces para que viéndola creamos en ti? ¿Qué obra realizas? (cf. 6-7) Estas interrogantes conducen a reconocer que todas las obras de Jesús apuntan a creer y confiar en él, dejando de esta manera los signos en segundo plano. Estos son esenciales para la fe, pero no la agotan, de tal modo que el

discipulado no se funda en uno que hace milagros, sino en la persona misma de quien realiza esos actos maravillosos.

De la misma forma, en la curación del ciego de nacimiento, el signo trasciende los límites físicos y conduce al ser humano a reconocer a Jesús y expresar su fe en él: “¿Y quién es, Señor, para que crea en él? Jesús le dijo: Le has visto; el que está hablando contigo, ése es [...] “Creo, Señor.” Y se postró ante él” (9,1-41). Igualmente en la resurrección de Lázaro, hay que ir más allá del milagro, se trata de un proceso dinámico que nos advierte acerca de la fe como un proceso, cuyo punto máximo es adherirse no a unos hechos o unas palabras, sino a la misma persona de Jesús (cf. 11,44s).

Todo lo dicho anteriormente señala que la fe es un proceso que los discípulos realizan al lado de Jesús. Este proceso les permite creer en él y asumir un discipulado con fe en él. Concluimos reconociendo que la fe, está en el corazón del discipulado, es ella la que da sentido al seguimiento, por tanto “seguir a Jesús es un proceso iniciado en 1,37; que culmina en la fe” (Brown, 1995, pág. 166). De la misma manera Brown (2000), enfatiza este proceso de la siguiente manera:

La fe auténtica en las obras implica la capacidad de entender su significado como signos, la capacidad de ver a través de ellas lo que están revelando, es decir, que son a la vez la obra del Padre y del Hijo, que son uno mismo, y que, por tanto, el Padre está con Jesús y Jesús está con el Padre (p. 958).

3.2. Fe en la Palabra hecha carne

“Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad” (1,14). La fe es don de Dios que el ser humano puede intentar comprender desde la experiencia cotidiana. “En las relaciones humanas, la “fe” es en primer lugar y fundamentalmente el acto con que nos abandonamos en manos de otra persona” (Ardusso, 2000, p. 43). Los discípulos acogen esta

experiencia de fe en la vida de Jesús a partir de su encarnación que les abre a una experiencia nueva pasando por sus propias ideas mesiánicas hasta una profesión de fe vivida en comunidad.

La afirmación anterior, señala la experiencia de fe como fruto del encuentro entre Dios Palabra hecha carne y el hombre en una historia concreta y real. Arduoso (2000) certifica: “La fe vive de la realidad que es la intervención salvadora de Dios por Cristo; si el evento salvífico de Cristo no es real en sí mismo tampoco es real para mí; no es posible vivirlo como real” (p. 45). Por tanto, la fe es siempre creer en alguien y no en algo abstracto.

Desde esta experiencia la fe del discípulo pasa por un proceso de inquietud que al mismo tiempo se vuelve una fe encarnada en la historia real de la persona y de la comunidad. La fe no es algo abstracto (ideologías o teorías), se planifica en la medida que el discípulo permanece unido con Jesús. De acuerdo con la afirmación realizada por Buritica (2014) se señala lo siguiente:

Para Juan creer supone un movimiento que tiene una implicación existencial. Lejos de pensar que creer es un asentir con la mente a ciertas verdades, como ideas estáticas (lo que sería en sí mismo una actitud pasiva), creer es un movimiento de conocimiento, relación y aceptación de la persona de Jesús y de su obra salvífica (pág. 90).

Por su parte, los discípulos acogen a Jesús a través de la fe como el Hijo que revela al Padre por medio de toda su persona, desde su manera de ser y sus actos: "Si me conocéis a mí, conoceréis también a mi Padre" (Jn 14, 7). El evangelio de Juan, es el evangelio de la fe. Según Jaubert (1987) el evangelista “mostrará a lo largo de su exposición que la morada de Dios es, él mismo Jesús, única verdadera presencia de Dios entre los hombres” (pág. 25), cuyo fin está orientado a conducir al discípulo para que crea en Jesús. Por su parte Brown (2000), considera que “Quienes creen en Jesús como revelación del Padre hecha carne [...], reciben el don de la vida, de manera que las palabras de Jesús son la fuente de la vida” (p. 956).

Se hace necesario entonces, afirmar que a través de la fe encarnada los discípulos reconocen que Jesús es aquel que los profetas habían anunciado como Mesías futuro y que Juan Bautista

había proclamado como ya cercano (cf. 1, 26), lo acogen como Palabra encarnada (cf. 1,14), así mismo como camino, verdad y vida (cf. 14,6).

Gracias a la fe, que se acoge como don de Dios y apertura del ser humano, el discípulo reconoce a su Señor “El discípulo a quien Jesús amaba dice entonces a Pedro: “Es el Señor”, se puso el vestido pues estaba desnudo y se lanzó al mar” (21,7) y sale a su encuentro. Esta experiencia según Buritica (2014) constata que la fe en Juan se comprende “desde un entendimiento sapiencial, que abarca lo intelectual y lo emocional” (pág. 90).

3.3. La Fe ante la increencia

El testimonio de vida que Jesús transmite a sus discípulos no está centrado en sí mismo, ni en la búsqueda de su propia gloria, sino en manifestar al padre, que lo ha enviado: “el que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él” (8,29). Los discípulos están llamados a creer en este testimonio “Si os mantenéis en mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (8, 31). Creer en él, en su Palabra, les permite ser verdaderos discípulos. Ellos han estado con él en cada una de sus manifestaciones, sin embargo no basta la presencia física o ser únicamente un observador de dichos signos, es necesario creer verdaderamente que el Padre, le ha enviado.

Volviendo la mirada a la realidad histórica de Jesús, se percibe esta presencia histórica como un elemento central, donde Dios se hace visible, cercano y cognoscible manifestando que “la actividad del Padre y la actividad del Hijo son idénticas” (Barret, 2003, p. 392). Sin embargo Jesús es consciente que no todos los discípulos han comprendido lo que significa creer en él como el enviado del Padre y lo confirma de la siguiente forma: “pero hay entre vosotros algunos que no creen” (6, 64).

Sobre la idea expuesta anteriormente (cf. 6, 64-65), Jesús afirma la ausencia de la fe en algunos de sus discípulos y al mismo tiempo ratifica la importancia del fundamento de la fe que nace desde la iniciativa divina.

Por tanto, estar con Jesús y no creer en su Palabra revela una increencia que no permite la adhesión plena del discípulo hacia Jesús que en cualquier momento puede tomar la iniciativa libremente de echarse atrás, “[...] muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él” (6, 66). En consecuencia de ello, Carrillo (2010) expresa: “Sólo podrán creer en él los que reciban del Padre el don gratuito de la fe” (pág. 245).

De esta manera se confirma el hecho de la fe como don de Dios. Vale destacar que esta fe no brota de ideologías, teorías o pensamientos, puesto que su esencia está centrada en la vinculación del discípulo a la actuación específica de Dios que se realiza en la vida de Jesús como don que comunica vida y verdad (cf. 3, 19-20). Jesús llama a creer, pero la decisión es personal. El creer en él se expresa en el testimonio de fe; no creer refleja el sinónimo de increencia en su presencia. En relación a lo mencionado anteriormente Castillo (2005), reconoce que “el hecho de creer expresa una relación personal del hombre con Jesús mismo” (pág. 81).

Por tanto, la fe es un gran sí que contiene e implica la vida íntegra del discípulo, no se vive, ni se acoge de forma fragmentaria. Por consiguiente, la vida del discípulo participa desde su integridad, en el misterio de Dios encarnado. A través de la experiencia de fe transmitida por el evangelista, se percibe un proceso de fe, que permite al discípulo ser testigo de Cristo a través de su obrar. De manera que manifieste con su vida, que Dios habita en él y su testimonio brota de dicha presencia, (cf. 3,21). De este modo, creer en Jesús significa ir hacia él como el enviado del Padre (cf. 6, 37,38).

De esta manera la fe ante la increencia ayuda al discípulo a profundizar su razón de búsqueda hacia Jesús, encaminándolo a un encuentro con Él como “el pan de la vida” (6, 48). Esta experiencia permite al discípulo permanecer en Él. León Dufuor (1992) considera, “la dualidad fe-no fe corresponde al contraste vida-muerte”(pág. 76), señalando de esta manera que la fe es signo de vida (cf. 10,10).

Dentro de este marco la fe del discípulo en Jesús le permite caminar en la luz de la vida, esto significa que su vida no está sumergida en la oscuridad (cf. 8, 12). La adhesión a la Palabra le permite ser un verdadero discípulo, en camino a la libertad desde la verdad (cf. 8, 31-32). Por

otro lado, la increencia limita a la persona a adherirse plenamente a Jesús desde una actitud de rechazo.

Sin embargo, Jesús ayuda al discípulo a fortalecer la experiencia de fe, de ahí que después de la resurrección, siendo el primer día de la semana Jesús se presenta a sus discípulos y les muestra las manos y el costado. Ellos le reconocen y se alegran, pero Tomás no estaba con ellos. El evangelista narra que los demás discípulos le hacen participe de su alegría: “hemos visto al Señor” (20, 24). Sin embargo su fe tambalea y pide ver a Jesús para creer en él. Tal como lo narra el evangelista se reconoce que a los ocho días, Jesús vuelve y le muestra sus manos y costado a Tomás, haciéndole la invitación a creer en él y salir de la incredulidad (cf. 20,27).

Como resultado de esta experiencia, Tomás responde con una afirmación plena de fe “Señor mío y Dios mío” (20, 28). Esta afirmación solo puede ser dicha bajo la gracia de Dios, que revela la experiencia de fe como don divino, que encamina al discípulo a encontrarse verdaderamente con Jesús y a reconocerle como el enviado del Padre.

Desde esta perspectiva podemos concluir que la fe en la vida del discípulo es una decisión libre y responsable, decisión que solo él puede tomar como fruto del encuentro con Jesús.

3.4. Fe itinerario de Escucha e interiorización

El camino de la fe está marcado por la escucha, que conduce a creer y guardar la Palabra de Jesús. El evangelista señala este proceso vivido por los discípulos de Jesús, el cual les permitió fortalecer su fe ante la ausencia física de Jesús: “cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús” (2,22), esta actitud permite al discípulo seguir reconociendo a Jesús (cf. 10,27). Según Castillo (2005) estas palabras de Jesús expresan lo siguiente:

Con estas palabras, Jesús indica cual es la característica esencial de sus discípulos. [...] se trata de que los discípulos se relacionen con Jesús, no mediante una simple adhesión

intelectual (“escuchan mi voz”), sino sobre todo mediante una adhesión vital, de toda la persona y de toda la vida. (pág. 154)

De ahí que, escuchar la Palabra de Jesús conduce al discípulo a la vida eterna. Así en Jn. 5, 24 “[...] el que escucha mi Palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida”. Se considera también que la actitud de guardar e interiorizar la Palabra, hace partícipe al discípulo de una promesa “[...] si alguno guarda mi Palabra, no verá la muerte jamás” (8,51). El evangelista ejemplifica esta actitud en la persona de Jesús, él siendo el maestro da testimonio de lo que implica guardar la Palabra del Padre (cf. 8, 55). Este testimonio brota del conocimiento de Jesús acerca del Padre, lo cual se traduce en testimonio a partir de la cotidianidad de la vida, desde las diversas obras en favor del ser humano.

De acuerdo con lo anterior, se percibe que a partir de la actitud de escucha e interiorización, Jesús conoce a sus discípulos, Mateos y Barreto (1980), lo describen de la siguiente manera “Jesús conoce el interior del hombre (2,24.25; 5,42; 6,15); de ahí que sepa quienes no le dan su adhesión y quien lo va a entregar (6,64; 13,11) y pueda saber que la profesión de Pedro es sincera (21,15.16.17)”(pág. 45).

Se considera, que el discípulo guarda la Palabra por amor “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (14,23). Al mismo tiempo esta Palabra le permite confiar en la presencia del Padre y del Hijo. Es evidente entonces que la Palabra interiorizada permite reconocer que el discípulo no es más que su Señor y por ende su vida queda implicada a la misma causa de su maestro: “Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi Palabra, también la vuestra guardarán” (15,20).

La revelación del Padre hecha por Jesús a sus discípulos vuelve la mirada a la experiencia fundamental “tú me los has dado tomándolos del mundo. Tuyos eran y tú me los has dado; y han guardado tu Palabra” (17,6), manifestando la total dependencia de Jesús con el Padre y al mismo

tiempo engendrando la comunión del discípulo con el Padre “Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno [...]” (17, 22-23).

Capítulo IV

Discipulado, testimonio y entrega

El capítulo anterior señala el camino de fe realizado por los discípulos, a través de cada una de las manifestaciones realizadas por Jesús; las cuales de manera paulatina fueron revelando el misterio de Cristo. Para el evangelista el creer en Jesús se manifiesta en la adhesión plena del discípulo a través de la entrega: significa entonces que esta entrega tiene su fuente en la relación de Jesús con sus discípulos. De acuerdo con Castillo (2005), se puntualiza: “los discípulos conocieron a Jesús y vivieron cerca de él porque se pusieron a seguirle. No le conocieron en el estudio y la contemplación. [...] El seguimiento fue la escuela donde aquellos aprendieron lo que tenían que aprender” (pág. 96).

Una de las consecuencias de la entrega queda revelada en Jn. 15, 16, donde Jesús dice a sus discípulos, “yo los he elegido a ustedes, y los he destinado para que vayan y den fruto, y que su fruto permanezca”. Para el evangelista dar fruto significa ser testigos de Jesús a través de una fe comprometida, a partir de ello se considera importante el llamado que Jesús realiza a los discípulos a ser testigos de la experiencia de encuentro que han vivido con él y a expresarlo desde una vida comprometida en relación con él.

De esta manera el seguimiento a Jesús se concretiza, en la apertura del discípulo a acogerle como camino, verdad y vida, que le conduce al Padre. Por ello, León Dufuor (1995) afirma: “en su despedida en vísperas de la pasión, Jesús manifestó a sus discípulos que su marcha les abría el acceso al Padre y les anunció una unión consigo que transformaría su existencia” (pág. 120). A través del discurso de despedida, Jesús quiere manifestar a los discípulos el camino que ellos deben de seguir ante la ausencia física de él.

Los discípulos ya no podrán seguir tras las huellas físicas de Jesús, porque él, volverá al Padre, como consecuencia de ello, la manera de seguirle y dar testimonio, será a través de la experiencia del amor, como signo de entrega: “les doy un mandamiento nuevo: que se amen unos a otros como yo los he amado: ámense así unos a otros” (13, 34). Con la intención de señalar esta importancia se cita lo siguiente (Sánchez N. L., 2007):

Los discípulos de Jesús se han de distinguir porque se aman unos a otros con un amor semejante al que Jesús les ha mostrado. Así prolongan en la historia el amor de su Maestro y realizan de modo incipiente la transformación de la humanidad (pág. 182).

Ante las afirmaciones anteriores se señala la actitud de Jesús frente a su ausencia física “a donde yo voy ustedes no pueden venir” (13,33), y de acuerdo con el evangelista se percibe la respuesta de sus discípulos ante dicha realidad: “yo daré mi vida por ti” (13,37). Señalando de esta manera la disponibilidad por parte de Pedro de acompañar a Jesús hasta la muerte, reforzando esta idea se valora la afirmación de Brown (2000):

El Pedro joánico habla como un discípulo que ha oído decir a Jesús que el buen pastor entrega la vida por sus ovejas (10,11), y con su exclamación proclama [...] que está dispuesto a poner en práctica aquella exigencia. Jesús rechaza el ofrecimiento [...], porque éste se muestra excesivamente confiado [...] no aprecia debidamente su propia debilidad o la dificultad que supone seguir a Jesús, pues la muerte a que Jesús se encamina implica un combate con el príncipe de este mundo. Sólo una vez que haya sido derrotado por Jesús podrán seguir a éste los demás. (pág. 936)

Como consecuencia de la relación vivida con Jesús desde la fe, los discípulos después de la Resurrección comienzan a dar testimonio de entrega a Jesús a través de la fuerza del Espíritu, esta presencia permitirá al discípulo seguir unido a Cristo y dar fruto abundante (15, 4).

4.1. Entrega expresión de amor

El cuarto evangelio transmite toda la vida pública de Jesús desde una constante manifestación de amor. A través de la invitación, que realiza a los discípulos “vengan y verán” (1,39) expresa un gesto de amor hacia ellos que les permitió ser partícipes, en cada uno de los signos realizados, donde él manifestó su gloria y al mismo tiempo sembró en ellos un camino de fe, que les permitió acercarse al misterio de Dios revelado a la persona en la vida de Jesús. Como consecuencia de ello Sánchez (2007) considera: “El amor de Jesús recibido por sus discípulos contiene en sí mismo una llamada a perseverar y crecer en él” (pág. 180).

El evangelista deja claro la magnitud de amor del amor de Jesús hacia sus discípulos: “como el Padre me amó, así yo les he amado; permanezcan en mi amor” (15,9). Como consecuencia el discípulo está llamado a entregarse desde la esencia del amor, manifestando de esta manera la presencia de Jesús en su vida. En esta misma línea León Dufuor (1995) señala:

El amor que Dios ha concedido a sus discípulos se expresa en el amor que estos se tienen mutuamente en este mundo. Este es el resultado único que verifica la presencia en ellos del amor recibido de Jesús. Por eso, el amor fraterno se presenta como el mandamiento por excelencia” (pág. 146).

Insistiendo en la idea, el mandamiento del amor se presenta como el medio a través del cual Jesús asegura la permanencia de su espíritu en medio de los discípulos. Desde esta perspectiva se afirma que el amor es signo de la presencia de Cristo y permite una clave de interpretación del misterio de Jesús como Hijo del Padre.

Ante la situación planteada Brown (2000), confirma “el amor es algo más que un mandamiento; es un don [...], procede del Padre por Jesús y es otorgado a los que creen en él” (p. 931). Significa entonces que este don tiene la capacidad de trascender la afectividad humana y expresarse desde una entrega a favor de los demás a ejemplo de él. La consecuencia del amor del cual habla Jesús en el cuarto evangelio, se expresa en la entrega plena de la persona y con

ello se trasluce la novedad de este amor. Refiriéndose a la expresión del amor Sarasa (2014) señala:

No se trata, por tanto, de un precepto o de una ley que nos exige tal o cual cumplimiento, sino de una consecuencia de la identificación con un Dios excéntrico que como su nombre indica se sale de sí mismo para darse” (pág. 226).

Tal como se percibe, el amor es la recomendación esencial de Jesús hacia los discípulos a través del cual les revela, el amor del Padre y la intimidad con Él. El discípulo debe tomar por modelo el acto supremo de amor de Jesús, “la entrega de su propia vida”. A través de su entrega Cristo revela su adhesión plena a la voluntad del Padre. Significa entonces que el discípulo está llamado a seguir este camino en libertad. Con el mandamiento del amor, Jesús invita a sus discípulos a ser partícipes de la experiencia de amor del Padre y del Hijo. Respecto a ello Wikenhauser (1967) describe:

El Padre manifiesta el amor que tiene al Hijo enviándolo al mundo (3,17ss); el Hijo, por su parte, descubre el amor a sus discípulos poniéndoles a su servicio, un servicio que comprende no solo su elección (v.16), sino también la comunicación de la revelación divina (pág. 429).

Como consecuencia de esta experiencia, la entrega del discípulo brota como respuesta a la llamada constante de Jesús, de permanecer en su amor y al mismo tiempo sitúa al discípulo en el corazón del misterio que da sentido y consistencia a su entrega cotidiana. En relación con la actitud de permanecer en Jesús, Pagola (2012) señala: “permanecer en el amor de Jesús no es algo teórico. Consiste en guardar sus mandamientos, que él mismo resume [...] en el mandato del amor fraterno” (pág. 214).

4.2. Entrega desde la fidelidad a la Palabra

Jesús reveló la importancia de guardar sus palabras: “Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él” (14,23). Para continuar la misión del Padre los discípulos tendrán que quedarse en el mundo siendo testigos de la Palabra

Encarnada. Según Mateos y Barreto (1980) esto implica reconocer y acoger esta Palabra como realización del proyecto de Dios:

Aceptar el mensaje de Jesús equivale a aceptar su persona como presencia del amor de Dios y darle adhesión; los que tal hacen reciben de él la vida (5,24), que supera la muerte (8,51). Por eso entregar a los suyos el mensaje del Padre (17,14) está en paralelo con entregarles la gloria del Padre (17,22) (pág. 239).

Desde esta perspectiva el evangelista enfatiza que a partir de las diversas manifestaciones Jesús ha comunicado la Palabra de Dios, sin embargo esta comunicación tiene sentido en la medida que el discípulo se sienta destinado a dar fruto. Ante esta situación, vale la pena unirse a Jaubert (1987) de cara al siguiente planteamiento: “¿Cuál es el fruto abundante que produce el que permanece en Jesús?:

Según 4, 36 (la samaritana), el fruto es el que los segadores cosechan para la vida eterna: es el fruto de la misión, figurado por los samaritanos que vienen hacia Jesús y le confiesan como salvador del mundo. En 12. 24, el "fruto abundante" es el del grano de trigo que muere, es la conversión de los gentiles, que nace de la misma elección que el Padre y el Hijo han realizado “no me eligieron ustedes a mí; yo los elegí a ustedes” (15, 16), la elección que Jesús realiza tiene como fin el anuncio de Jesús a través de la vida, palabra, acciones, gestos, etc., de sus discípulos inmersos en el mundo (pág. 63).

Por tanto, se reconoce el envío de los discípulos al mundo como medio de adhesión a la persona de Jesús. Dentro de este marco Brown (2000) considera: “se debe a que Jesús también fue enviado al mundo: no para cambiar al mundo, sino para desafiarlo” (pág. 1127). De ahí la importancia de escuchar su voz y reconocerle como su maestro. La entrega vivida en fidelidad les ayudará a ser luz en medio de las tinieblas que les rodea.

Brown (2000) considera: “Los discípulos han aceptado y guardado la palabra que Jesús les transmitió de parte de Dios (17, 6.14); esta palabra los ha purificado (15, 3): ahora los elige para una misión consistente en transmitir esa misma palabra a otros (17, 20)” (pág. 1130). Están

llamados entonces, a reconocer al maestro en medio del mundo como camino, verdad y vida, en este caso es necesario señalar, que dentro del ambiente joánico “Jesús es a la vez la Palabra y la Verdad (14,6)” (Brown, 2000, pág. 1130).

A través de la fidelidad a la Palabra el discípulo da testimonio de Jesús como “único medio de acceso a Dios que es la fuente de toda verdad y de auténtica vida, él es la verdad y la vida para los hombres” (Barret, 2003, pág. 693).

El evangelista señala una consecuencia del discípulo a partir de la fidelidad a la Palabra: “si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi Palabra, también la vuestra guardarán (15,20). Esta consecuencia expresa la identidad del discípulo y al mismo tiempo “implica que la palabra de Jesús, la del Padre, se ha hecho suya (cf. 17, 14.20)” (León Dufour, 1995, pág. 157). Esto expresa la confianza y unidad entre Jesús y sus discípulos.

4.3. Entrega fruto del reconocimiento de Jesús

Según Castro (2008) “con la muerte de Jesús el ciclo revelador anterior había quedado consumado.” (pág. 350), y con ello generaba una nueva experiencia para los discípulos que les lleva a descubrir la presencia de Jesús como el Resucitado que habita en medio de ellos y les impulsa a ser testimonio de entrega en la vida de la comunidad.

Este proceso de reconocimiento pasa por la experiencia de encuentro con cada uno de sus discípulos, marcada por diversas realidades. Por ejemplo, María Magdalena “llora más bien porque creía que el cuerpo de Jesús había sido robado” (Brown, 2000, pág. 1414). Ante esta situación, Jesús entabla un pequeño diálogo con ella; la llama por su nombre “María” y a partir de esa experiencia ella le descubre y exclama “Rabbuní” (maestro). Este reconocimiento hace eco a la alegoría del Buen Pastor, en donde las ovejas reconocen al pastor al escuchar su voz (cf. 10,3-5).

Como consecuencia de este reconocimiento, María se hace portadora del envío de Jesús: “vete donde mis hermanos y diles” (20,17). Esta expresión “hermanos” permite reconocer que las

relaciones con el Resucitado son nuevas. Castro (2008) citando a J. Blank afirma que Jesús transmite una nueva relación con los suyos “por cuanto que ahora los introduce de forma explícita en su propia relación con Dios” (pág. 356). Por su parte Jaubert (1987) sugiere, “Los discípulos ya no son llamados “siervos” (cf. Jn 15.15) sino “hermanos”. El propio Padre de Jesús es su Padre.” (pág. 70). Estas afirmaciones constatan que la entrega es fruto del reconocimiento de Jesús, en este caso como el Resucitado.

A partir de ello, los discípulos al encontrarse con Jesús descubren que el Resucitado es el Crucificado y como consecuencia experimentan la alegría pascual. Esta alegría desemboca en la apertura del envío, que Jesús realiza a cada uno de ellos. A través de este envío el evangelista señala la participación activa del discípulo al plan de Dios: “Como tú me has enviado al mundo, yo también los he enviado al mundo” (17,18). Resulta interesante esta afirmación de Jesús, porque encamina al discípulo a entrar en el dinamismo de la entrega, “no les dice en concreto a quiénes han de ir, qué han de hacer o cómo han de actuar, [...] su tarea es la misma de Jesús [...] tiene que ser en el mundo lo que ha sido él” (Pagola, 2012, pág. 240).

Con referencia a lo anterior se hace necesario, reconocer que uno de los títulos claves e importantes de Jesús en el cuarto evangelio es el de “Enviado” (17,3; 3,34; 4,34; 13,16; 15,21), ahora los discípulos reciben también este envío como don y signo de la participación de la misión de Jesús que les lleva a entregarse desde la alegría pascual. Si bien es cierto, esta alegría “nace de la unión íntima con Jesucristo. Por eso no se manifiesta de ordinario en la euforia o el optimismo a todo trance [...], está en la raíz misma de la vida, sostenida por la fe en Jesús” (Pagola, 2012, pág. 220).

Por consiguiente, la experiencia pascual confirma las palabras de Jesús dichas a Pedro “me seguirás más tarde” (13,36), es decir que a partir del encuentro con el Resucitado se gesta una nueva experiencia profunda de inhabitación de Jesús en la vida del discípulo que trasciende todo espacio físico-temporal.

Debe señalarse que Jesús a sus discípulos les había comunicado que dentro de poco el mundo ya no lo vería, sin embargo ellos aún serían partícipes de su presencia: “vosotros si me veréis,

porque yo vivo y también vosotros viviréis” (14,19). Es evidente entonces, que la iniciativa del encuentro nace de Jesús y ante esta gracia los discípulos se llenan de gozo y le reconocen “como el Señor” (20,20).

De esta forma el testimonio de fe y entrega de los discípulos se fundamenta en la experiencia pascual que permite el encuentro con el Resucitado desde un ambiente personal y comunitario que testifica que el Resucitado es el crucificado. Así se identifica al Jesús histórico y se gesta una relación íntima y profunda del discípulo con Jesús.

Se considera entonces, que el encuentro con el Resucitado confirma la fe del discípulo y fundamenta toda entrega. El evangelista confirma que para Tomás, era necesario encontrarse con Jesús y a partir de esa experiencia, reconocer a nivel personal su identidad de discípulo frente al Resucitado. Por su parte Castro (2008), escribe “Tomás no acepta el testimonio de la comunidad; quiere tener experiencia personal del Resucitado” (pág. 359).

4.4. Entrega: don del Espíritu

Jesús prometió a sus discípulos el envío del Espíritu Santo para animarles y conducirles a la verdad plena (cf. 14,16; 16,12-15). A través de la presencia del Espíritu en la vida del discípulo, la experiencia de la entrega se convierte “en una vida nueva en Cristo, en una comunión vital con el Resucitado” (Codina, 2007, pág. 180).

Por el actuar del Espíritu, los discípulos “serán testigos de Cristo en el mundo, atestiguando la verdad y la gloria de Cristo resucitado mediante su palabra y su vida” (Sánchez, 2008, pág. 328). Se considera entonces, que la misión confiada sólo es posible a través de la fuerza del Espíritu que fortalece la entrega. Es necesario recordar que esta misión confiada implica asumir la misma causa de Cristo “recuerden lo que les dije: un sirviente no es más que su Señor. Si a mí me han perseguido a ustedes los perseguirán” (15, 20).

Hechas las consideraciones anteriores, se reconoce que la presencia del Espíritu fundamenta toda entrega, la cual no podría darse sin ella. Al mismo tiempo, esta presencia conduce a la

fidelidad de la Palabra, al testimonio frente a la persecución y al anhelo profundo de continuar la obra de Jesús. Por tanto, el Espíritu se manifiesta como testimonio de Jesús frente al mundo “en la misión el Espíritu de la verdad da testimonio de Jesús a los discípulos, [...] los sostiene frente a la hostilidad del mundo, dándoles la seguridad en su postura (16,7-11).” (Mateos & Barreto, 1980, pág. 103) Guiándoles a la verdad plena que es la misma persona de Jesús.

Tal como Jesús les había dicho a los discípulos, el mundo los perseguirá (cf. 15,20), sin embargo desde su manera de vivir ellos están llamados a transmitir la presencia de Cristo resucitado, ante esto Brown (2000) afirma: “en esta persecución, el discípulo de Cristo no será una víctima pasiva; el Paráclito mora en él (14,17) y el testimonio del Paráclito contra el mundo se hará oír en la voz del discípulo” (pág. 1044).

Se reconoce entonces, que el don de la entrega es fruto de la presencia del Espíritu que al mismo tiempo expresa la presencia de Jesús entre los hombres. Refiriéndose a esto Brown (2000) señala “cuando se haya superado la “hora” y haya sido otorgado el Paráclito/Espíritu a los discípulos, él se encargará de que la obra de Jesús produzca todos sus frutos” (pág. 1015).

Se hace necesario enfatizar, que el discípulo no da testimonio por cuenta propia, es la gracia del Espíritu dada por Jesús quien le envía a ser signo visible de la presencia salvífica de Dios en la historia. Dentro del testimonio de fe joánico Jesús anima a los discípulos a continuar el camino “¡levántense! Vámonos de aquí” (14,31). Según Brown (2000) con esta expresión “Jesús anima a los discípulos a salir al encuentro del príncipe de este mundo en la muerte y la resurrección, y aduce que en el v. 31 se habla de un “impulso del espíritu” más que de un movimiento físico” (pág. 989). Sobre esta idea Carrillo (2010) afirma:

El soplo de Jesús sobre sus apóstoles significa que les comunica el don del Espíritu, como fruto de la obra salvífica que el Padre le había encomendado (4,34; 6,38-40; 17,4; 19,30). Es el cumplimiento de otra promesa del Maestro: “Os conviene que yo me vaya, porque, si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros, pero, si me voy, os lo enviaré” (16,7; cf. 14,16; 16,13) (pág. 500).

De acuerdo con lo anterior, la entrega del discípulo bajo la guía del Espíritu, permite caminar hacia la verdad, al mismo tiempo conduce a la comprensión y fidelidad del mensaje salvífico de Jesús (cf. 8,31), se considera entonces, que es el mismo Espíritu que hace que la promesa de Jesús se cumpla.

Por tanto, el don del Espíritu es el que actúa en la vida del discípulo y desde su entrega está llamado a transmitir la experiencia de Jesús a los demás, acercándolos de esta manera al misterio del cual ellos han sido participes a partir del don de Dios (cf. 6,65).

Jesús había expresado que el Espíritu daría gloria de él, porque recibiría todo de él y se lo explicaría a los discípulos (cf. 16, 14). Según Carrillo (2010), “este pasaje sobre el Espíritu termina aludiendo de nuevo a la relación del Espíritu con el Padre y con Jesús. El Paráclito, el Espíritu de la Verdad, el Espíritu Santo, procede del Padre: es un Enviado del Padre, es un don del Padre (14,16.26; 15,26) [...] y don de Jesús a los hombres” (pág. 416).

4.5. Entrega como servicio de vida

En torno al ambiente del lavatorio de los pies se encuentra el diálogo de Jesús y Pedro quien no comprende el gesto de Jesús, “la objeción de Pedro indica que la forma en que entiende las acciones no está en sintonía con el motivo por el que Jesús las lleva a cabo” (Moloney, 2005, pág. 387), a partir de esta actitud, Pedro expresa que aún no ha comprendido la revelación de Dios expresada en las manifestaciones de Jesús a lo largo de su ministerio.

Con el gesto de Jesús de lavar los pies a los discípulos, quiere revelar que su muerte es un servicio de amor y entrega hasta el extremo. Por ello le confirma a Pedro “lo que yo hago no lo entiendes ahora, más tarde lo entenderás” (13,7). Este gesto manifiesta una acción que el discípulo debe estar dispuesto a imitar en relación con los otros, desde el ejemplo de Jesús debe entregar su vida a favor de los otros. Por tanto dice León Dufuor (1995) “Este ejemplo [...], no lo presenta Jesús simplemente como un modelo exterior que imitar, sino como un don que engendra el comportamiento futuro de los discípulos (pág. 33).

Se considera entonces, que la entrega brota de la experiencia de amor manifestado por Jesús a través de sus gestos, actos y signos. Sin embargo, este amor debe ser expresado hacia los demás con la misma intensidad de entrega; es decir, hasta el extremo a ejemplo del maestro: “hagan lo mismo que yo hice con ustedes” (13,15). A partir de esto se considera que “el servicio será, en adelante, la clave o la articulación de la relación entre los discípulos de Jesús y, a su vez, así quedará demostrada la fidelidad hacia él” (Buriticá D. A., Una Lectura del Evangelio de Juan en clave de discipulado, 2014, pág. 98). Lo antes expuesto hace eco en las palabras de Jesús: “Sabido esto, dichosos seréis si lo cumplís” (13,17).

Para vivir una entrega al estilo de Jesús, el discípulo debe aceptar la invitación de perseverar en él y dar fruto "si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto" (12, 24). Dar fruto significa acoger y vivir desde el mensaje central que es Jesús, reconociendo que la vida solo se transmite aceptando la misma muerte a partir de una experiencia de amor total que conduce a la vida plena en Cristo. Noratto (2007) considera que: “es el amor desbordante de Jesús, lo que mueve a los discípulos a desbordarse en su experiencia de solidaridad y entrega (cfr. Jn 13,34-35)” (pág. 40).

Así pues, la entrega expresa dos movimientos internos: la unidad del discípulo con Cristo y la presencia de Cristo en la vida del discípulo, generando una única relación nacida del encuentro y de la fe. Esta relación queda manifestada en el fruto de la entrega cuya fuente es el amor, a partir de esta finalidad Buritica (2014) señala:

El evangelista Juan concentra su mirada contemplativa en el amor, vínculo que relaciona a Jesús con sus discípulos, y este mismo vínculo orienta la fidelidad cotidiana a su plan en el amor hacia los demás. Por eso el amor fraterno es un faro que orienta la vida y la conduce en medio de un mar abierto donde se puede perder el rumbo. (pág. 99)

Como consecuencia de ello, “los discípulos coinciden todos en la dirección del seguimiento, detrás de Jesús, el único modelo, para llegar a la entrega total” (Mateos & Barreto, 1992, pág. 923). Para ello se hace necesario reconocerle como “el Camino” (14,16) que evoca acción, seguimiento y apertura al misterio de Dios revelado.

4.6. Entrega hasta el fin

El evangelio de Juan expresa con claridad la mayor implicación del seguimiento (cf. 15,21), a partir de esta expresión Brown (2000) se reconoce que en el “pensamiento joánico, la expresión “por causa de mi nombre” significa algo más que esa profesión de fe en Jesús” (pág. 1041). El mundo ha perseguido a Jesús, no le ha reconocido como el enviado del Padre y ante su muerte y resurrección los discípulos están llamados a vivir esta entrega en unidad con Cristo (cf.17, 11). De esta manera, “se insiste en que el deseo más fuerte de Jesús es la unidad de los que crean en él [...] que sea un argumento para que todo el mundo crea que Jesús ha venido de Dios” (Castillo, 2011, pág. 245).

Como resultado de la entrega el mundo también les perseguirá, el discípulo está llamado a vivir desde el amor y la libertad como fruto de la fidelidad a su maestro. Jesús conoce estas implicaciones que conlleva la fidelidad, por ello clama al Padre para que donde él este, estén también sus discípulos (cf. 12, 26).

La entrega del discípulo hasta el fin da sentido a las palabras pronunciadas por Pedro “Señor ¿dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna” (6, 68). Al confesar a Jesús como Palabra de vida eterna el discípulo se abre a la experiencia de fe, esta experiencia para el evangelista significa, “no sólo el seguimiento de Jesús y el cumplimiento de sus mandamientos, sino la aceptación de que él es el Mesías y el Hijo de Dios (20,31; 1 Jn 4,2-3)” (Carrillo, 2010, pág. 436).

Se considera entonces, que la entrega hasta el fin, es signo de unidad de los discípulos con Jesús y el Padre, también es testimonio para el mundo, para que viendo la entrega del discípulo pueda acoger a Jesús como el Hijo del Dios vivo, que ha amado hasta el extremo (cf. 13,1). Ante esta referencia León Dufuor (1995) sostiene que “de acuerdo con la tradición común, el evangelista afirma que la suerte de los discípulos reproduce la de su Señor: son odiados por causa de su nombre” (pág. 152).

Con su entrega hasta la muerte, Jesús revela su amor incondicional a la humanidad y a la Voluntad del Padre. Este es el testimonio que Jesús ha transmitido a sus discípulos, el cual no retrocede ante nada y no se deja vencer por el rechazo del mundo. Jesús se entrega libremente hasta el fin asumiendo la muerte como consecuencia del pecado y de la no aceptación a su presencia como Hijo de Dios. Esta entrega testimonia que él es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, tal como había testimoniado Juan el Bautista (cf. Jn 1,29).

Al inicio de su ministerio Jesús les prometió a sus discípulos que verían cosas mayores, ellos han sido testigos de esa Gloria de Dios revelada a través de cada signo, pero sobre todo revelada en el misterio de la cruz como el signo más elocuente del amor de Dios y del amor de Cristo. Esta es la gloria que deberán testificar con su vida, ante ello Jesús reafirma su elección “Tú, sígueme” (21,22) bajo una palabra “que anuncia el martirio de Pedro” (vv. 18-19). (Blanchard, 2008, pág. 15).

Por tanto, a través de la entrega el discípulo se hace partícipe de la misión de Jesús. Esta misión le conduce directamente a donde está Jesús. Ahora bien “estar donde está Jesús significa permanecer unido a él, permanecer en su amor (Jn. 15, 4.9), pero no de modo estático, sino dinámico, dejándose llevar por el Espíritu que es amor y entrega incondicional (Jn. 15, 10.12.14.)” (Castillo, 2005, pág. 123).

4.7. Prototipo de entrega: El discípulo amado

El discípulo amado en el evangelio de Juan, es figura central con respecto al tema del discipulado. Se desconoce quién era verdaderamente, pero desde su testimonio hay que entender que se trata de alguien íntimamente vinculado al Señor, pues no solo es discípulo, sino que además es el “amado”.

El evangelista ha tenido cuidado de remarcar su presencia en momentos determinantes los cuales revelan un prototipo de discipulado vivido desde la entrega e intimidad con Cristo. Este personaje, no tiene más nombre que el discípulo que amaba Jesús. Por tanto, nada impide

interpretarlo como alguien que “es y representa al discípulo perfecto en la fe, que se ha convertido en el amigo íntimo de Jesús” (León Dufour, 1995, pág. 40).

Durante el gesto del lavatorio de los pies, el discípulo amado aparece cerca de Jesús “estaba reclinado a su derecha” (13, 23), expresando así una actitud de cercanía, confianza y al mismo privilegiada. Según Blanchard (2008), esta actitud refleja una “postura que bien podría ser la del heredero, teniendo el contacto físico, valor de transmisión directa de un mensaje antes de ser transmitido tras la muerte del Maestro” (pág. 6). La posición de confianza queda fundamentada en el papel que desempeña entre Jesús y Pedro, quien debe acudir a él para saber a quién se refería Jesús al afirmar “uno de ustedes me entregará” (13, 21).

Antes de la muerte de Jesús, el discípulo amado esta al pie de la cruz junto a la Madre de Jesús. Desde esta actitud Jesús le confía a su madre, de esta manera el discípulo amado adopta “el estatuto de hermano menor de Jesús (vv. 26-27)” (Blanchard, 2008, pág. 5). Como resultado de fidelidad al maestro también se convierte en testigo ocular del misterio cristiano: “Aquel que ha visto da testimonio” (v. 35). Como consecuencia de ello, se constituye como un discípulo fiel hasta la muerte, revelando la actitud fundamental del discípulo que solo alcanzará la plenitud de ser discípulo, dándose y amando al estilo de Jesús.

Después de la resurrección, Jesús se encuentra con sus discípulo y una vez más surge la figura del discípulo amado con la expresión “Es el Señor” (21.7). Este reconocimiento brota de la fe y del amor. Solo a través de la fe el discipulado tiene sentido, pues es ella la que dispone a una donación de la propia vida como un acto de libertad y de amor supremos.

Para el evangelista el discípulo amado es prototipo auténtico de cualquier discipulado. Se convierte en un testigo ocular que da testimonio de la presencia salvífica de Dios en historia a través de la persona de Jesús. Este grado de intimidad se convierte en el prototipo de todo discípulo, cuyo fin está orientado a dar fruto abundante en su entrega desde el permanecer en Cristo.

Capítulo V

Desafíos pastorales

El camino de profundización realizado a partir de tres elementos fundamentales en la vida del discípulo, encuentro, fe y entrega, a la luz del evangelio de san Juan, permiten plantear ciertos desafíos pastorales que iluminan y orientan la experiencia y la espiritualidad del Discipulado en los tiempos actuales.

Se hace necesario enfatizar que los desafíos pastorales versarán sobre la propuesta realizada por Jesús “ustedes serán verdaderos discípulos míos si perseveran en mi palabra” (8,31), y al mismo tiempo desde una apertura a la realidad de hoy reconociendo que “el discipulado o seguimiento de Jesús, ayer como hoy, es un imperativo cristiano que renueva a la Iglesia desde dentro, haciéndola más fiel al proyecto del maestro Jesús y a las búsquedas y esperanzas de los hombres y mujeres de cada tiempo y lugar” (Sobrino, 2007, pág. 127).

5.1. Necesidad de renovar y realizar el Encuentro personal con Jesucristo

A través del cuarto evangelio se reconoce la importancia del encuentro personal con Cristo en la vida del discípulo. Esta experiencia genera un sentido nuevo de vida, se convierte en puerta o llave de acceso a la fe; engendrando de esta manera una adhesión plena que se manifiesta en la entrega como donación de vida.

En el primer capítulo se ha destacado la importancia del encuentro en la vida, y aquí se reafirma dicho encuentro como una categoría fundamental en el ser humano, que ha sido creado para el encuentro con el otro.

El desafío del encuentro personal con Cristo lleva al discípulo a percibir el encuentro como algo nuevo, novedoso y necesario; de ahí la gran importancia de acogerlo como Buena Noticia. En repetidas ocasiones el Papa Francisco ha marcado el encuentro como algo elemental en la vida cristiana y retomando las palabras de Benedicto XVI dice “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una

Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”(Evangelii Gaudium).

Solo a través del encuentro el discípulo podrá entrar en la dinámica del reconocimiento a Jesús. Para ello el evangelio de Juan transmite una gran riqueza de encuentro iniciado por Jesús a través de la encarnación “salí del Padre y he venido al mundo” (16,28), él es el primero en abrirse a este encuentro con el mundo, el haber salido del Padre revela un prototipo de encuentro, por tanto Lucchetti (2005) confirma:

El punto de partida del discipulado cristiano es, por tanto, un encuentro con la persona viva de Jesús, que puede darse en muchos lugares y circunstancias: en la escucha de la Palabra, en la mesa de la comunión, en situaciones vitales donde la mente y el corazón humanos son puestos en jaque y muy especialmente en el rostro del otro (pág. 574).

Al mismo tiempo se transparenta una limitación actual en la vida del discípulo, su “identidad” que le lleva a plantearse ciertas incógnitas ¿discípulo de quién? ¿Quién es el maestro? ¿De dónde viene?, ¿Dónde vive?, etc. El evangelista es consciente que estas mismas subyacen en la experiencia de encuentro como una oportunidad que acerca al misterio revelado “Cristo” e invita al discípulo al desvelamiento de esa realidad “vengan y verán” (1,39). Los primeros discípulos se adentraron a este misterio reconociendo la importancia de la escucha para fortalecer su identidad de discípulo.

5.2. Aprender a escuchar su voz

La actitud de escucha revela un elemento esencial y distintivo de la identidad del discípulo, permite una respuesta libre, entregada y amorosa, fundamentada en Jesús “No me eligieron ustedes a mí; fui yo quien los elegí a ustedes.” (Jn 15,16).

Según Ramos (2004) el cuarto evangelio presenta el verbo escuchar como “la aceptación personal de lo que Jesús está diciendo” (pág. 64). A partir de ello se considera que el discípulo

interioriza la Palabra escuchada, la acoge y se deja interpelar por ella adhiriéndose a través de la fe a lo escuchado.

Para el discípulo de hoy, la escucha se presenta como un desafío latente que le permite entrar en la dinámica de la permanencia en Cristo. Solo se puede permanecer en alguien, cuando se es capaz de escuchar. Sin la escucha el discípulo no puede permanecer íntegramente en Cristo: “todo sarmiento que en mí no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto” (15,2).

A través de la escucha el discípulo comprenderá que sin él, nada es posible (cf. 15,5). Esta actitud del discípulo genera la comunión entre el maestro y el discípulo manifestándose en los frutos de transformación dentro de las diversas realidades concretas del mundo marcadas por la deshumanización y la opresión.

El discípulo no debe perder la capacidad de escuchar. Refiriéndose a esto Pagola (2012) afirma “quizá sea esta nuestra mayor tragedia. Estamos arrojando a Dios de nuestro corazón. Nos resistimos a escuchar su llamada” (pág. 97). Esta tragedia como la llama Pagola, cierra el proceso de identificación con Cristo abriendo un abismo entre los sentimientos, actitudes y gestos de Jesucristo entre el discípulo y su maestro, se plantea entonces la pregunta ¿qué fruto puede dar un discípulo alejado de la vid?

La escucha es un elemento esencial para volver la mirada a Jesús como fuente primaria de la existencia del discípulo. Descubrir su voz y reconocer que es él quien llama es un verdadero desafío en cuanto se está dispuesto a caminar tras él. Por tanto, la escucha no es una actitud pasiva con signos de acomodamiento, sino más bien es una actitud activa que pone en camino al discípulo desde una confianza plena: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (6,68).

La escucha no es más que la respuesta al amor de Dios que ha enviado a su Hijo (cf. 3,16), que se ha encarnado para que la persona tenga vida y vida en abundancia (cf. 10,10). Este amor

de Dios no está reducido a sentimentalismos, es un amor intenso que compromete la vida y la traduce en una praxis de fidelidad al Padre siendo signo visible de una revolución de amor.

5.3. Revolución de amor

“En eso conocerán todos que son mis discípulos, en el amor que se tengan unos a otros” (13,35). Dentro del discurso de despedida de Jesús el evangelista presenta un rasgo distintivo de la vida del discípulo, el cual debe prolongarse como fidelidad a su Palabra.

Ante la realidad de individualismo e indiferencia el discípulo está llamado a entrar en la dimensión de amor cuya fuente es el Padre (cf. 15,9) que se manifiesta en el Hijo desde una expresión plena: “nadie tiene amor más grande que el que da la vida por lo amigos” (15,13) y revela este amor como algo distintivo de sus discípulos (cf. 15,17) generando de esta manera una revolución de amor ante un mundo de desprecio y persecución.

El mandato de amor sigue siendo un desafío en la comprensión del discípulo. Es la línea de tensión entre el ser o no ser, es la clave de identidad: “Pedro me amas” (21,16). Solo la experiencia de amor permite al discípulo ser testigo en un mundo de desprecio e indiferencia. Para Jesús la praxis del amor tiene un carácter servicial hacia el prójimo: “Señor tú lo sabes todo, tu sabes que te quiero. Jesús le dice apacienta mis ovejas” (21,17). Ante esto Castro (2008) afirma:

El distintivo del discipulado será este amor. ¿Se ha tenido en cuenta esto a lo largo de la historia? Precisamente este distintivo será un motivo de atracción para todos aquellos que se hallen fuera de la comunidad. Aquí radica también una de las evidencias de que el amor del mandamiento nuevo tiene como meta a todos los hombres.(p. 248)

Ratzinger (2007) considera “si el fruto que debemos producir es el amor, una condición previa es precisamente este “permanecer”, que tiene que ver profundamente con esa fe que no se aparta del Señor” (pág. 106). El discípulo no puede dar fruto sino permanece en

el amor de Cristo a través de la fe. Se vislumbra un desafío de comunión con el Señor desde la fe.

5.4. Creer en el enviado del Padre

“En los escritos de san Juan reviste especial importancia el creer en cuanto que es adhesión confiada a Jesucristo como Hijo de Dios” (Ardusso, pág. 35). Esta adhesión expresa la fe que brota como don de Dios desde el encuentro y donde él tiene la iniciativa. Esta fe se intensifica a partir de un proceso de la revelación de la Gloria a los discípulos.

Ante esta revelación “La fe es la respuesta integral del hombre a Dios, que se revela como su salvador, y esta respuesta incluye la aceptación del mensaje salvífico de Dios y la confiada sumisión a su palabra” (Rossano, Ravasi, & Girlanda, 1990, pág. 665), ante esta realidad se hace necesario asumir el desafío de la reflexión sobre el misterio de la fe como don y Gracia de Dios para que desde esta experiencia el discípulo pueda vivir una adhesión “más consciente, y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo” (Porta Fidei, No. 8).

Creer en Jesús no significa repetir teorías, ni saberes intelectuales, sino más bien es la implicación de la vida entregada y ofrecida que trasluce una profesión de fe (cf. 20,28). Desde América Latina comprometerse desde la fe con la causa de Jesús implica el esfuerzo por la construcción de una realidad distinta. Abarcando todas las dimensiones humanas, económicas, sociales, familiares, personales, etc., desde una fe confiada y esperanzada en él (cf. 10, 10). Ante esto Lucchetti afirma (2005):

La respuesta del discípulo [...] se da en un itinerario de fe que parte de la llamada y el encuentro con Jesús, pasa por la conversión, sigue en fidelidad hasta la cruz y da testimonio de la resurrección, al grado de estar dispuesto a dar la vida por los demás. Seguimiento y testimonio, hasta el culmen del martirio, son por tanto dos dimensiones fundamentales del discipulado. Implican dar vida dando la vida. (pág. 575)

La fe se presenta como un desafío frente a la incredulidad de aquellos que no creen en Jesús (cf. 3,38), o bien ante los que creen únicamente por los signos (4,48). Es necesario reconocer que los signos ayudan al proceso de fe del discípulo, a través de ellos reconoce lo que Dios realiza en la persona de Jesús para que el mundo crea de que el Padre le ha enviado (17,21). A partir de este desafío se plantea el contenido de la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* (1975) en su numeral 9.

La fe no puede relegarse a la periferia de la vida, como una cosa más entre otras. Si Dios es el fundamento y está en el centro de la vida del hombre, nuestra adhesión a él tiene que estar también en el centro. La fe cristiana es verdadera fe cuando toda la existencia del cristiano se estructura y desarrolla en torno a ella, de modo que no sea algo añadido a la persona, sino el principio motivador y operante de toda la vida. La fe se convierte entonces en la fuerza que transforma e inspira los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida (*Evangelii Nuntiandi*).

5.5. Testimonio de fidelidad

El testimonio de fe expresado por el evangelista Juan está centrado en la persona de Jesús como el Cristo, enviado del Padre, quien “puso su morada entre nosotros” (1,14). La fe del discípulo debe estar centrada en este misterio que ha llevado a la plenitud el designio del Padre.

Creer en él, significa asumir una adhesión plena y confiada en las manos del mismo Cristo, que se ha hecho hombre para manifestar el misterio de Dios y transmitir una vida nueva eterna. Este designio Jesús lo consuma en la entrega de su vida, dando el ejemplo a sus discípulos.

El discípulo como seguidor fiel debe acoger este don de entrega ante la realidad que vive, por tanto el discípulo “no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este estar con él “(Porta Fidei, No. 10).

5.6. Vivir la vida como donación y entrega

El fundamento del discípulo es la vida del maestro. Esto implica que su vida debe estar orientada a vivir como él vivió, amar como él amó, servir como él sirvió, entregarse como él se entregó, etc., cada uno de estos gestos afecta y repercute la vida humana.

Crear en Jesús según Pagola (2012) significa “configurar la vida desde él, convencidos de que su vida fue verdadera: una vida que conduce a la vida eterna” (p. 90). Para el discípulo de hoy esto tiene sentido en cuanto su vida queda orientada en el misterio de Jesús, desde una relación estrecha que permita permanecer en él.

Vivir la vida como donación es creer en las palabras de Jesús “Como el Padre me envió, también yo os envío” (20,21). Las cuales hacen partícipe al discípulo de hoy en dicho Proyecto. Este envío manifiesta el sentido comunitario bajo la fuerza de su Espíritu que habita en cada uno (cf. 14, 17), este espíritu es el que “convierte el seguimiento en una vida nueva en Cristo, en una comunión vital con el Resucitado en su Iglesia, nos hace pasar de la ética voluntarista a la mística del permanecer en él y vivir de su savia vital, como el sarmiento en la vid (Jn 15).”(Codina, 2007, pág. 180)

Sin embargo esta entrega y donación se convierte en un desafío constante que debe ir unido al discernimiento desde Jesús para que el discípulo pueda ir asumiendo actitudes que contribuyan a la liberación del hombre y de la mujer ante situaciones que degradan cada vez más el Proyecto de Dios (cf. 10,10).

Reconocer esta vida en abundancia lleva al discípulo a vivir desde una fe integral e histórica desde Jesús, reconociendo que la fe va más de una búsqueda exclusiva o fundamentada en necesidades (cf.6, 26).

Vivir la vida como donación y entrega es un verdadero desafío, en cuanto ilumina la vida del discípulo y le abre a un diálogo de confrontación sobre las motivaciones internas que le conducen a Jesús.

Las motivaciones reflejarán el tipo de relación o de encuentro que se vive con Jesús como el Hijo de Dios vivo. Esto será también como un termómetro de identidad discipular, que replanteará la vida e invitará a ir a las fuentes ¿maestro dónde vives? Colocando al discípulo en pos de él, con la confianza en Jesús y en su promesa: “Has de ver cosas mayores”, que conducirá aun en medio de las fragilidades y vicisitudes a la escucha de Jesús que insistentemente afirma “tu sígueme”.

III. CONCLUSIONES

Después de haber recorrido un camino sobre las peculiaridades del encuentro, fe y entrega a la luz del Evangelio de Juan se puede concluir con lo siguiente:

El cuarto evangelio se aferra a una experiencia humana tan esencial como lo es la del encuentro; llevándola desde el plano antropológico al plano teológico, para expresar desde ahí el dinamismo y la profundidad de relación que se establece entre las personas y Jesús.

Este encuentro está al servicio de la revelación del misterio de Dios hacia la persona, que pasa por un proceso de descubrimiento: los discípulos le reconocen como un profeta, como un hombre extraordinario enviado por Dios, sin embargo es el mismo Cristo que les introduce en el reconocimiento de su verdadera identidad.

Solo a través del encuentro, Jesús y la persona se unen de forma indisoluble. Es interesante por eso percibir cómo el evangelista Juan en la redacción del evangelio haya privilegiado el género literario del diálogo, pues nada mejor que el diálogo, para entender que el discipulado se funda en un encuentro, es decir, en un abrirse del ser humano a Dios y el abrirse de Dios al ser humano, generando una experiencia más profunda a partir de la fe.

Para el evangelista la fe es esencial al tema del discipulado. Por otra parte es necesario comprender que la fe no está basada en teorías o verdades abstractas, sino en la persona de Jesús de Nazaret como el Hijo del Padre enviado al mundo para salvar al mundo (cf. 3,16). El contenido de la fe es Jesús que llama y convoca a sus elegidos (cf. 15,16) y los hace partícipes de su ministerio.

Como consecuencia de ello, la fe se expresa como dinamismo que supone una implicación existencial de Jesús en relación con los discípulos. Esta experiencia conduce al testimonio de vida, que debe manifestarse a ejemplo del maestro. Con la entrega, la fe cobra sentido y se hace eficaz en relación con el proyecto del Padre a través del cual manifiesta su amor a la humanidad.

Profundizar en la experiencia de entrega permite reconocer que la fe de los discípulos manifestada en el testimonio de Jesús, brota de la experiencia de haber encontrado al Señor.

Toda entrega tiene su fundamento en Jesús que después de su Resurrección ha soplado sobre sus discípulos la fuerza del Espíritu que impulsa a mantenerse unidos al Señor, a perseverar en su amor y a dar fruto abundante.

Los discípulos asumieron en su vida la entrega porque reconocieron a Jesús como palabra encarnada de Dios (1, 14) y aceptaron la invitación de “ver cosas mayores”, las cuales les permitieron confesarle como el Cristo, el Enviado de Dios.

Por tanto ser discípulo de Jesús implica reconocerle a él, como una persona que desde nuestras posibilidades humanas nos ha mostrado un estilo de vida; que en unidad con el Padre e impulsado por el Espíritu, adquiere su pleno sentido en la entrega y el amor hacia los demás. A partir de ello la entrega se convierte en un acto de fe, de libertad y de amor, donde el discípulo hace opción de estar con el Señor y vivir como él vivió.

IV. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anleu, S. S. (enero-mayo de 2014). *Escritos Joánicos #2*. Guatemala.
- Ardusso, F. (2000). *Aprender a creer*. Madrid España: Sal Terrae.
- B. Bauer, J. (1967). *Diccionario de Teología Bíblica*. Barcelona : Herder.
- B.A.C. (1979). *Documentos del Vaticano II*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Barret, C. K. (2003). *El Evangelio según San Juan*. Madrid: Cristiandad.
- Bartolome, J. J. (1995). *El Evangelio y Jesús de Nazaret*. Madrid: CCS.
- Benedicto XVI. (2012). *Fe y nueva Evangelización*. (P. Blanco, Ed.) España: Palabra S.A.
- Benedicto, X. (2001). *Porta Fidei*. Roma: San Pablio.
- Blanchard, Y.-M. (2008). *Los escritos jónicos. Una Comunidad atestigua su fe* (Vol. 138). España: Verbo Divino.
- Blank, J. (1984). *El Evangelio según San Juan (Tomo primero b)*. Barcelona: Herder.
- Bonhoeffer, D. (2004). *El Precio de la Gracia*. (6ta., Ed.) Salamanca: Sígueme.
- Brown, R. E. (1991). *La comunidad del discípulo amado* (3ra. ed.). Salamanca: Sígueme.
- Brown, R. E. (1995). *El Evangelio Según San Juan I-XII*. Madrid: Cristiandad.
- Brown, R. E. (2000). *El Evangelio Según San Juan XIII-XXI*. Madrid: Cristiandad.
- Burítica, Z. D. (2014). Una Lectura del Evangelio de Juan en clave de discipulado. *Kénosis/Vol. 2/N. 3 / 88-102*.
- Carrillo, A. S. (2010). *El Evangelio según san Juan. El Evangelio del camino, de la verdad y de la vida*. México: Verbo Divino.
- Castillo, J. M. (2005). *El seguimiento de Jesús*. España: Sígueme.
- Castillo, J. M. (2011). *La religión de Jesús (2da edición)*. España: Desclée De Brouwer.

- Castro, S. S. (2008). *Evangelio De Juan*. España: Desclée De Brouwer.
- Codina, V. (enero-marzo de 2007). Fe y Discipulado. *Teología Javeriana*, 57(161), 175-183.
- Destro, A., & Pesce, M. (2002). *Cómo nació el Cristianismo joánico, Antropología y exégesis del Evangelio de Juan*. Santander: Sal Terrae.
- Floristan, C., & Tamayo, J. (Edits.). (1985). *El vaticano II, veinte años después*. Madrid: Cristiandad.
- Gallego, S. L. (2014). *Las comunidades juánicas: la original diversidad* (enero-junio ed., Vol. 64). Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.
- García, A. Z. (2012). *Discipulas de Jesús y servidoras del Reino*. Guatemala.
- Gnilka, J. (1998). *Teología del Nuevo Testamento*. Madrid: Trotta.
- Guillet, J. (1982). *Jesucristo en el Evangelio de Juan*. Navarra: Verbo Divino.
- Jaubert, A. (1987). El Evangelio según San Juan . *Cuadernos Bíblicos*, 4-72.
- León Dufour, X. (1995). *Lectura del Evangelio de Juan III*. Salamanca: Sígueme.
- León Dufour, X. (1989). *Lectura del Evangelio de Juan I*. Salamanca: Sígueme.
- León Dufour, X. (1992). *Lectura del Evangelio de Juan III*. Salamanca : Sígueme.
- López, Q. A. (13 de 10 de 2015). *Dialnet*. Obtenido de dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2044424.pdf de AL Quintás - 2003
- Lucchetti, B. M. (2005). *Discípulos de Jesús hoy. Fundamentos bíblicos para una hermenéutica teológica* (Vol. 156). (P. U. Javeriana, Ed.) Bogotá Colombia: Theologica Xaveriana.
- Martín, V. J. (2007). *El encuentro con Dios*. Madrid: Caparrós.
- Martínez, M. V. (2013). *Nuestra Iglesia Latinoamericana a los 50 años del Concilio Vaticano II* (julio-diciembre ed., Vol. 63). Bogotá Colombia: Pontificia Universidad Javeirana.

- Mateos, J., & Barreto, J. (1980). *Vocabulario Teológico del Evangelio de Juan*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Mateos, J., & Barreto, J. (1992). *El Evangelio de Juan. Análisis Lingüístico y comentario Exégetico*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Mateos, J., & Camacho, F. (2003). *El Horizonte Humano. La propuesta de Jesús (8va. ed.)*. Córdoba: El almendro.
- Mesters, C. (2000). *Seguir a Jesús: los evangelios*. Navarra: Verbo Divino.
- Moloney, F. J. (2005). *El Evangelio de Juan*. Navarra: Verbo Divino.
- Noratto, G. J. (enero-abril de 2007). Discípulos y Apostoles en el Cuarto Evangelio. Una aproximación lingüístico-semántica desde los textos del Nuevo Testamento. *Franciscanum. Revistas de las ciencias del espíritu*, 145, 27-42.
- P. Francisco. (2013). *Lumen Fidei*. Roma: San Pablo.
- P. Francisco. (03 de mayo de 2014). *Discurso del Santo Padre Francisco*. Obtenido de Copyright - Libreria Editrice Vaticana:
https://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2014/may/documents/papa-francesco_20140503_azione-cattolica-italiana.html
- P. Francisco. (17 de octubre de 2013). *Misas matutinas en la capilla, de la Domus Sanctae Marthae*. Obtenido de Copyright - Libreria Editrice Vaticana:
https://w2.vatican.va/content/francesco/es/cotidie/2013/documents/papa-francesco_20131017_cristo-ideologia.html
- Pablo VI. (1975). *Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi*. Roma: San Pablo.
- Pagola, J. A. (2012). *El camino abierto por Jesús*. Madrid: PPC.
- Ramos, P. F. (2004). *Ver a Jesús y sus signos y creer en Él* (Vol. 292). (F. Theologiae, Ed.) Roma: Editrice Pontificia Università Gregoriana.
- Ratzinger, J. (2007). *Jesús de Nazaret*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.

- Rossano, P., Ravasi, G., & Girlanda, A. (1990). *Nuevo diccionario de Teología Bíblica* (2da. ed.). Madrid: San Pablo.
- Sánchez, M. G. (2008). *La Iglesia que pensó el discípulo amado*. Madrid: San Esteban -Edibesa.
- Sánchez, N. L. (2007). Agápe en el evangelio de Juan. *Theologica Scripta*, 171-184.
- Sañartu, S. (1988). *Dios en el Antiguo Testamento*. Obtenido de <http://www.jesuitas.cl/files/documentos/szanartu/Apuntes/DiosATApuntes.pdf>
- Sarasa, G. L. (2014). *Las comunidades juánicas: la original diversidad* (enero-junio ed., Vol. 64). Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.
- Sobrino, J. (2007). *El Jesús histórico nos llama al discipulado en América Latina y el Caribe* (161 ed., Vol. 57). Colombia: Theologica Xaveriana.
- Tepedino, A. M. (1990). *Las discipulas de Jesús*. Madrid: Narcea.
- Wikenhauser, A. (1967). *El Evangelio Según San Juan*. Barcelona: Herder.